

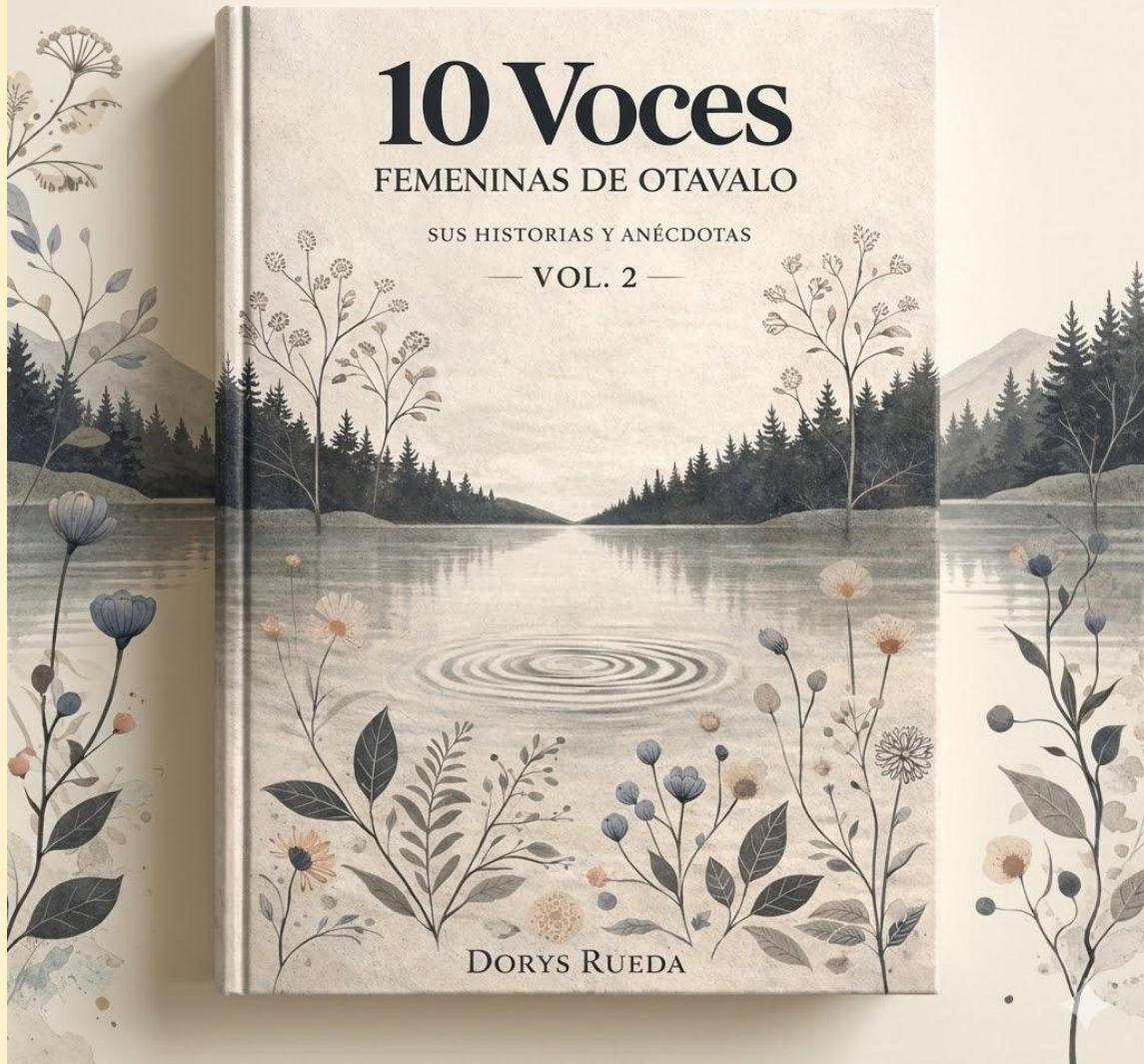
# 10 Voces

FEMENINAS DE OTAVALO

SUS HISTORIAS Y ANÉCDOTAS

— VOL. 2 —

DORYS RUEDA



**Dorys Rueda**

**10 Voces Femeninas de Otavalo: sus historias y anécdotas**

**Volumen 2**

Derechos de autor: QUI-071261

ISBN: 978-9907-0-1039-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, sin permiso previo y por escrito de su autora.

## DEDICATORIA

### A las mujeres de mi familia

*A mi madre:*

Sigue siendo mi brújula en cada paso que doy. Aunque ya no esté físicamente conmigo, su ejemplo continúa acompañándome y dándome la fuerza para seguir adelante.

*A mi hermana Gladys:*

Se fue demasiado pronto, pero dejó en mí una luz que aparece siempre en los momentos difíciles.

*A mi hermana Soraya:*

Gracias por estar ahí, por ese empujón oportuno que a veces necesito para no detenerme.

*A mis sobrinas —María José, Soraya e Ivonne—:*

En su energía y en su determinación, veo la continuidad de nuestra historia. En ustedes siento que la voz de las mujeres de nuestra familia seguirá escuchándose con fuerza.

## **AGRADECIMIENTO**

Dedico este nuevo volumen de 10 Voces Femeninas de Otavalo a las diez mujeres que abrieron su corazón para compartir sus historias. En cada una de ellas habita una vida, una lucha y una memoria que encuentran voz en estas páginas.

## TABLA DE CONTENIDO

|                                                  |    |
|--------------------------------------------------|----|
| PRÓLOGO.....                                     | 1  |
| DANIELA ANAHÍ PÉREZ .....                        | 3  |
| CANTAR CON EL CORAZÓN .....                      | 7  |
| NUNCA DEJES DE SOÑAR .....                       | 9  |
| KAREN JANETH HARO RUIZ .....                     | 11 |
| EL SÍ DEL YAMOR.....                             | 14 |
| MI CALLE, MI PRIMER PAÍS .....                   | 16 |
| MARIA ROSA COLTA CHURUCHUMBI .....               | 17 |
| LLAMAR A LA COMUNIDAD .....                      | 21 |
| IDENTIDAD Y RESISTENCIA EN LA SALUD .....        | 23 |
| LA COMPRA.....                                   | 25 |
| MÓNICA CONCEPCIÓN GARCÉS .....                   | 26 |
| LA SOSPECHA BAJO EL AGUACERO .....               | 28 |
| CAMINO A IBARRA POR AMOR .....                   | 29 |
| ANGELITA IZA RAMÍREZ .....                       | 30 |
| LOS INICIOS EN EL GARAJE .....                   | 32 |
| EL SUEÑO QUE CASI SE DESVANECE CON EL DÓLAR..... | 34 |
| MARGARITA GUEVARA .....                          | 35 |
| ENTRE EL SISMO Y EL PROTOCOLO .....              | 37 |
| SORAYA RUEDA RODRÍGUEZ.....                      | 39 |
| CLUB DE TIRO CAZA Y PESCA .....                  | 42 |
| SECRETARIA DEL PRESIDENTE .....                  | 44 |
| LA CAJA VACÍA .....                              | 46 |
| DON NIKOLA KRALJEVIC .....                       | 48 |

|                                               |           |
|-----------------------------------------------|-----------|
| <b>SOFÍA AMPARITO NICOLALDE BENÍTEZ .....</b> | <b>50</b> |
| MEMORIA DE UN DICIEMBRE .....                 | 53        |
| LA PÁNFILE .....                              | 55        |
| <b>MARCIA SÁNCHEZ .....</b>                   | <b>57</b> |
| EN IMBABURA LOS CIEGOS NO SE PUEDEN VER ..... | 60        |
| LA SEMILLA QUE SEMBRAMOS EN OTAVALO .....     | 63        |
| MÁS ALLÁ DEL PAPEL .....                      | 66        |
| LA CONTAMINACIÓN ME LLEVÓ A LA POLÍTICA ..... | 69        |
| <b>MARÍA ELENA ECHEVERRÍA.....</b>            | <b>72</b> |
| LOS TAMALES CON SABOR A JABÓN MACHO .....     | 74        |
| LA FE FRENTE A LA ADVERSIDAD .....            | 76        |
| LA ESCUELA DE MAMA MARÍA .....                | 77        |
| <b>LA AUTORA .....</b>                        | <b>78</b> |

## PRÓLOGO

Otavalo no es solo la línea azul de las montañas ni el viento que baja por las calles al caer la tarde.

Otavalo es una historia que camina despacio, de casa en casa, de abuela a nieta, de madre a hija.

Son palabras que se guardan como una receta antigua, como un consejo dicho junto al fuego. Allí, en esa memoria que pasa de mano en mano, las mujeres han sido raíz y también camino.

Ellas sostienen lo cotidiano con gestos que casi nunca hacen ruido: poner el pan sobre la mesa, ordenar la casa, decir la palabra justa cuando alguien la necesita. Con paciencia —esa paciencia hecha de amor— han ido tejiendo el presente y, sin proponérselo, también el mañana de su gente.

Este libro abre una puerta. Detrás de ella aparecen diez historias. No están lejos: podrían caminar a nuestro lado por cualquier calle de Otavalo. Son mujeres que tropezaron y aprendieron a levantarse, que hicieron del esfuerzo un oficio y del oficio un legado.

Al pasar estas páginas es como entrar a una cocina donde alguien empieza a recordar sin apuro. Entonces llegan las escenas de la vida: los temores, las risas, las jornadas largas, las dificultades que muchas veces se enfrentan en silencio.

Y también aparece una fuerza tranquila, esa manera serena de seguir adelante, incluso cuando el mundo cambia demasiado rápido.

Ninguna de estas voces está sola. Detrás de cada historia caminan otras mujeres que estuvieron antes. Y delante se abre un sendero para las que vendrán. Así, vida tras vida, la memoria se enlaza, como si el coraje y la experiencia fueran pasando de mano en mano.

Porque los pueblos no se levantan solo con piedra y con calles. También se construyen con ternura, con trabajo silencioso, con manos que hacen mucho sin buscar aplausos.

Al abrir estas páginas no escuchamos solo diez voces, sino muchas más. Y en ese murmullo de historias, de esfuerzo y de esperanza, sigue latiendo —claro y profundo— el corazón de Otavalo.

**Dorys Rueda**  
**Marzo, 2026**



## DANIELA ANAHÍ PÉREZ

### LA METAFORMOSIS DE UNA ARTISTA



Daniela Anahí Pérez nació en Otavalo el 8 de septiembre de 2007. Desde muy temprana edad demostró un notable talento para la música. A los 4 años ingresó al coro de la Casa de la Juventud y formó parte del Grupo de Niños Talento de Otavalo, iniciando así su camino en el mundo artístico.

Ese mismo interés por el arte se complementó con su destacada participación en el deporte. Perteneció al Club Patín Ecuador, donde obtuvo varias medallas en competencias nacionales. De igual forma, en Tae Kwon Do fue seleccionada de Otavalo y representó a la ciudad en varios campeonatos nacionales, alcanzando siempre los primeros lugares.

En el ámbito musical comenzó a participar en importantes eventos desde muy pequeña. En 2014, intervino en el Festival de la Música Nacional en Nono, donde quedó entre los finalistas. Posteriormente triunfó en el festival “Los barrios cantan a Otavalo”, lo que le permitió presentarse también en el Festival de las Marías, dentro de las tradicionales fiestas del Yamor, donde compartió escenario con la reconocida artista Paulina Tamayo.

A los 7 años participó en el programa nacional “Ecuador Tiene Talento”, en su cuarta temporada, llegando hasta las semifinales. Esta experiencia le permitió darse a conocer en toda la provincia y el país.

Entre sus logros musicales destaca haber sido ganadora del Festival del Albazo, organizado por la Alcaldía de Ibarra, interpretando la canción “Mi Tierra Querida” del maestro Danny Hidrobo. Asimismo, ha compartido escenario con importantes artistas ecuatorianos como Fausto Miño, Daniel Páez, Marqués, Equilivre, Tercer Mundo, Papaya Dada y La Vagancia, entre otros.

Su talento también se ha extendido al baile y a la actuación. En este ámbito participó como actriz principal en el cortometraje “Mi primer juguete”, donde además interpretó la canción principal.

Durante su etapa estudiantil ha participado activamente en eventos artísticos. Obtuvo el primer lugar en el intercolegial provincial de la canción representando a la Unidad Educativa Fiscomisional La Inmaculada, junto a la banda de la institución. También ganó el concurso Exa Talento, lo que le permitió participar en el concierto Exa en dos ocasiones y compartir escenario con artistas nacionales e internacionales.

En el año 2017 grabó su primer video musical con la canción “Quiero regalarte”, un tema de pop urbano interpretado junto a los integrantes de DNLOW, exvocalistas del grupo venezolano Salserín. Con este trabajo fue nominada en los Premios Unidad “Ecuadorian Music Awards” 2018, realizados en Nueva York, en las categorías de Mejor Artista Revelación del Año, Mejor Canción Alternativa y Mejor Video Alternativo.

Posteriormente participó en la canción “Te vivo Imbabura”, producida por el maestro Israel Brito para el proyecto Imbabura Geoparque Mundial. Esta producción obtuvo el primer lugar del “People’s Choice Award” a nivel mundial. Durante ese mismo año fue también la imagen del video y la voz oficial de la canción representativa de Cotacachi “Vivir Bien”.

En el ámbito cultural también ha participado en eventos representativos de la región. Formó parte de la elección de la Reina del Yamor en los años 2015 y 2018, así como de la Elección de la Reina de Ibarra en 2016 y 2024.

Su presencia artística se ha complementado con la participación en campañas publicitarias, siendo imagen de marcas e instituciones como Cooperativa Atuntaqui, Confel y Emelnorte.

La música ha continuado siendo el eje central de su formación. Desde los 4 años hasta la actualidad se ha preparado constantemente, lo que le permitió cumplir uno de sus sueños: formar una banda junto a amigos músicos de su misma generación. Así nació en 2023 la banda **Dissencio**, dirigida por el maestro Sixto Gonzales e integrada por jóvenes talentos: Anahí Pérez (vocalista), Dorian Gonzales (guitarrista principal), Álvaro Mora (bajista), Mayker Paillacho (baterista) y Daniel Nájera (guitarrista secundario).



Dissencio es una banda de pop rock latino que interpreta canciones conocidas dándoles su propio estilo musical. En este año lanzaron su primera canción inédita, escrita por Anahí, titulada “Decepciones”, que ha tenido una excelente aceptación del público. Junto a la banda se han presentado en diversos escenarios de la provincia, ganándose el cariño de la gente, especialmente de jóvenes de su misma edad.

Paralelamente a su carrera artística, Anahí ha mantenido un destacado desempeño académico en la Unidad Educativa Las Lomas, donde ha sido presidenta del Consejo Estudiantil, parte del Cuadro de Honor, bastonera principal y miembro del grupo de danza y del coro institucional.

Recientemente descubrió otra de sus pasiones: el periodismo y la comunicación. A raíz de un reportaje realizado por el canal nacional Teleamazonas en el

programa “No-noticias”, surgió su interés por esta área. Por ello, en septiembre iniciará sus estudios en la carrera de Ciencias de la Comunicación en la Universidad Europea, en la ciudad de Lisboa, Portugal, sin dejar de lado su trayectoria musical.

Desde muy pequeña el escenario ha sido parte de su vida. Empezó a cantar a los cuatro años y, como todavía no sabía leer, memorizar las letras no siempre era fácil. Su madre las aprendía primero y luego, con paciencia, se las enseñaba.

A veces, ya frente al público, las palabras se le escapaban o se mezclaban. Entonces hacía lo único que podía: seguir cantando, inventar sobre la marcha, sostener el ritmo como si nada pasara. Y casi siempre, el público no lo notaba.

Hoy sonríe al recordarlo. Sabe que esos momentos todavía pueden ocurrir, pero también sabe algo más importante: ahora tiene la confianza y la experiencia para salir adelante con naturalidad, como lo ha hecho desde el inicio.

En marzo de 2025, fue reconocida como una de las 25 mujeres otavaleñas destacadas, un reconocimiento a su invaluable contribución a la ciudad.

## CANTAR CON EL CORAZÓN



**Anahí Pérez**

Empecé a cantar desde muy pequeña. Tenía apenas 4 años y a pesar de mi corta edad, ya me había presentado en varios escenarios. Algunas veces se me olvidaban partes de las canciones o cambiaba la estructura de las letras, pero en ese momento improvisaba otras palabras y las hacía encajar con el ritmo. Nunca me quedé paralizada ni dejé de cantar; mucho menos salí corriendo del escenario. Tampoco me avergonzaba ni hacía notar lo que había pasado. Siempre terminaba mi presentación con seguridad y el público respondía con aplausos y entusiasmo.

Donde me veían decían: “Ahí está la niña que canta”. Yo era muy pequeña, pero escuchar eso me hacía feliz, porque sentía el cariño de la gente otavaleña.

Como antesala de las tradicionales Fiestas del Yamor se realizaba el festival “Los Barrios Cantan a Otavalo”, que hoy lleva el nombre de “Cantores Populares Marco Antonio Chicaiza”, en homenaje a un gran comunicador otavaleño que ya no está entre nosotros.

Mi abuelito materno, Marcelo Pérez Albuja, mi fan número uno, me pidió que participara representando al barrio San Blas, donde él vive. Yo no quería, porque



me veía muy pequeña para un evento así; pensaba que era para personas mayores. Tenía apenas 6 años. Pero insistió tanto que finalmente acepté.

El escenario se armó en la esquina de la casa, en las calles Bolívar y Olmedo. El evento empezó a las ocho de la noche. No recuerdo cuántos participantes había, pero eran muchos.

Creo que me tocó cantar cerca de las diez. Para mí, esa hora ya era muy tarde y, aun así, hacía lo posible por mantenerme despierta mientras esperaba mi turno y, después, el final.

Había tantos aficionados que yo pensaba: ni siquiera imaginaba ganar. Pero aun así quería quedarme, escuchar el veredicto, saber cómo terminaba todo.

Hice todo lo posible por mantenerme despierta, pero el sueño me venció y me quedé dormida en los brazos de mi abuelita sin saber los resultados.

La sorpresa llegó al día siguiente. Me despertaron para decirme que había ganado el primer lugar. Fue tanta mi alegría que no dejaba de abrazar y agradecer a mi abuelito. Gracias a su insistencia y, sobre todo, a la confianza que siempre tuvo en mi talento y en mi desenvoltura en el escenario, logré ese triunfo.

El premio fue muy bueno: cien dólares. Le pedí a mi mami que los guardara y cada vez que quería algo le decía: “Cómprame de los cien dólares que gané”. Para mí era una cantidad enorme y pensaba que nunca se iba a terminar.

Haber ganado en el barrio San Blas me abrió las puertas para llegar a la final del festival, donde volví a ganar. El premio consistía en formar parte del elenco de artistas que se presentaban en el festival en honor a las Marías.

Recuerdo que una de las canciones que interpreté fue “Pobre corazón”, que tenía estrofas en español y en quichua. La parte en quichua se me olvidó por completo y terminé cambiando la letra, pero seguí bailando y cantando sin detenerme. El público me aplaudía porque era la primera vez que me escuchaban cantar en quichua. Había tanta emoción que nadie se dio cuenta de lo que estaba pasando.

Los músicos que me acompañaban sí lo notaron, porque con ellos había ensayado para la presentación. Solo me miraron, me sonrieron y continuaron tocando.

Hasta ahora a veces me pasa algo parecido, pero nunca quedo mal en el escenario. Ver al público aplaudiendo y cantando conmigo siempre me llena de energía.

## NUNCA DEJES DE SOÑAR



**Anahí Pérez**

Otra anécdota inolvidable ocurrió cuando tenía siete años, al participar en el programa “Ecuador Tiene Talento”. Más allá de la competencia, me impulsaba la ilusión de conocer a Jonathan Estrada; era su fan, lo seguía en todos sus programas y me emocionaba la idea de verlo en persona.

La audición se realizó en el Teatro Gran Colombia de Ibarra. Se había designado un solo día para la selección del sector norte, por lo que la afluencia de artistas fue masiva. Había grupos de baile, mimos, cómicos y cantantes llegados de todos los rincones del país. Aunque mi turno llegó por la tarde, estuve allí desde las siete de la mañana. El calor de Ibarra era intenso y el teatro estaba repleto, pero el cansancio se compensaba con el apoyo de mi familia, amigos y compañeras de escuela, quienes me alentaban con carteles y globos.

Al ver al jurado, compuesto por artistas de renombre y muy exigentes, sentí el rigor de la competencia. Sin embargo, los consejos de Jonathan antes de salir a escena fueron mi mayor apoyo; me decía que debía mostrar seguridad y que lograría impactarlos. Al anunciarse mi clasificación, la emoción me desbordó: en lugar de correr hacia mi madre, que esperaba nerviosa, me lancé a los brazos de Jonathan. Él me tomó en sus brazos y me dijo algo que atesoro hasta hoy: “Nunca dejes de soñar, llegarás muy lejos”. En ese instante, haber conocido a mi presentador favorito fue para mí un premio mayor que el propio pase a la siguiente etapa en Guayaquil.

Esa curiosidad por el mundo artístico me llevó a investigar la vida de los músicos que admiraba, como Paulina Tamayo o Daniel Páez. Siempre que un artista nacional o internacional visitaba la zona, le pedía a mi madre que me llevara. En varias oportunidades, logramos entrar a los camerinos para obtener fotos y autógrafos que aún colecciono con mucho cariño.

Este deseo de cercanía con el entorno musical me llevó, a los once años, a un show de influencers en Quito. Allí se presentaban cantantes para compartir sus historias de inicio en la industria. Uno de ellos era Daniel Páez, quien, al finalizar su charla, preguntó: “¿Quién quiere acompañarme a cantar?”. Antes de que terminara la frase, yo ya estaba sobre el escenario. Interpretamos juntos “Alma mía”; Daniel cantaba una parte y yo otra, hasta que me dejó sola frente al micrófono. Los aplausos y el pedido de “¡otra, otra!” me hicieron sentir que ese era mi lugar.

Lo más curioso fue que, al finalizar el evento, el público no solo buscaba a los invitados principales, sino que también me pedían fotos a mí, como si fuera parte del elenco oficial. Desde ese día, mantengo contacto con Daniel Páez, quien cada vez que se presenta en Imbabura me invita a compartir el escenario. Lo admiro profundamente, no solo por su inmenso talento, sino por la sencillez que lo caracteriza.



## KAREN JANETH HARO RUIZ

### ENTRE OTAVALO Y LA NOTICIA



Soy otavaleña de alma y corazón. Aunque nací un 12 de abril de 1989 en Atuntaqui, mi niñez y juventud transcurrieron en el barrio El Cardón de Otavalo. Soy la mayor de cuatro hermanas y vengo de un hogar formado por padres luchadores, Ramiro Haro (+) y Sonia Ruiz, a quienes les debo profundamente lo que soy y el lugar donde me encuentro hoy.

Crecí rodeada de gente trabajadora y comerciantes que madrugaban para abrir sus negocios; mi casa estaba muy cerca del antiguo mercado 24 de Mayo y a pocas cuadras de la emblemática Plaza de los Ponchos. Aprendí a amar mi tierra desde muy pequeña, iniciando mi vida escolar en el Jardín 31 de Octubre. Allí pasé por el aula de mi querida "Señorita Mariana Proaño", de quien guardo el más cariñoso de los recuerdos.

La secundaria la cursé en la Unidad Educativa Santa Juana de Chantal. En esos años, más allá de la formación académica, di mis primeros pasos en el deporte practicando básquet y natación, disciplinas en las que más tarde tuve el honor de

representar a mi cantón. Posteriormente, obtuve mi título de Bachiller en Ciencias Sociales en el Instituto Tecnológico Superior República del Ecuador.

A los 15 años viví una de las experiencias más enriquecedoras de mi adolescencia al ser candidata a Reina del Yamor, donde fui elegida Señorita Patronato. Ese proceso me permitió sentirme aún más orgullosa de mis raíces e identificarme con la calidez de nuestra gente, viviendo de cerca sus tradiciones y cultura. Poco después, a los 16, nació mi amor por el periodismo cuando tuve la oportunidad de presentar el informativo en OTV Televisión. Bajo la dirección de Marcelo Campos y las cámaras de Jorge Martínez —quienes fueron los primeros en creer en mí—, descubrí mi verdadera vocación.



Con 17 años y una maleta cargada de sueños, viajé a Quito para estudiar Comunicación Social en la Universidad Central del Ecuador, donde obtuve mi licenciatura. Aunque desde entonces he construido mi vida y mi carrera en la capital, llevo mis raíces con orgullo y regreso a Otavalo con frecuencia.

En el ejercicio de mi profesión, di mis primeros pasos en Radio Sonorama. Tras tres años de aprendizaje, ingresé a TC Televisión y, en la actualidad, me desempeño como reportera en Teleamazonas. Mi trayectoria me ha permitido cubrir eventos que marcaron al país: desde la histórica visita del Papa Francisco en 2015, hasta la cobertura en Pedernales tras el terremoto de 2016, que sin duda ha sido una de las experiencias más dolorosas de mi carrera.

Sin embargo, más allá de los logros profesionales, los títulos más nobles y maravillosos que Dios y la vida me han regalado son los de esposa y mamá. Comparto mi camino con Andrés Ruiz, un orgulloso otavaleño, y nuestra pequeña María Celeste, quienes son mi motor y mi mayor alegría.

En marzo de 2025 recibió un reconocimiento como una de las 25 mujeres otavaleñas destacadas, en agradecimiento a su valioso aporte a la ciudad.

## EL SÍ DEL YAMOR



**Karen Haro**

Corría el año 2005 y en Otavalo se respiraba ese aire especial que traen las fiestas del Yamor. En aquel entonces, se mantenía viva una tradición que llenaba de nervios a cualquier familia: el Comité de Fiestas recorría personalmente los barrios para visitar las casas de las chicas elegidas como candidatas, buscando la "venia" y el permiso de sus padres en una ceremonia muy afectuosa.

En mi caso, todo ocurrió un jueves por la tarde. Yo regresaba a casa con el cansancio propio de un entrenamiento de básquet, cuando de pronto el sonido de la Banda Municipal me detuvo en seco; estaban allí mismo, en mi puerta, entonando melodías con una alegría contagiosa. Me quedé fuera un momento, confundida y esperando ver a quién agasajaban, sin sospechar siquiera que la serenata llevaba mi nombre.

Fue entonces cuando mi mami salió a buscarme. Me pidió que entrara de inmediato y, mientras me explicaba que me buscaban para ser candidata, me lanzó esa mirada que solo las madres tienen, advirtiéndome en voz baja: «¡No se te ocurra decir que sí!». Pero al entrar a la sala, me encontré con Marcelo Puente y el resto del comité esperándome con un ramo de flores y un vaso de chicha del Yamor. La emoción del momento me desbordó y, antes de que el juicio ganara a la ilusión, solté un rotundo: «¡SÍ!». La celebración que estalló en ese instante fue

tan grande que mi mami, aunque me miraba de reojo, ya no tuvo forma de hacerme dar marcha atrás. Fue un día donde el corazón decidió por encima de cualquier advertencia.

## MI CALLE, MI PRIMER PAÍS



**Karen Haro**

La niñez fue, sin duda, la mejor época. Tuve la fortuna de pertenecer a esa generación que aún podía adueñarse de las veredas y jugar en la calle con los vecinos, cuando la ciudad todavía se sentía como un refugio seguro.

Recuerdo con especial nitidez una tarde en la que acordamos jugar a los "países". Éramos tantos que el espacio nos quedó corto, así que, con la complicidad de mi mejor amiga, Anita Lucía, tomamos unas piedras de su terreno y decidimos "clausurar" no solo una, sino dos calles para poder correr a nuestro antojo. Lo más increíble fue que los conductores, al vernos tan entregados al juego, prefirieron detenerse y esperar pacientemente a que termináramos antes de seguir su camino. Mientras escribo estas líneas, puedo sentir de nuevo la adrenalina y la libertad de aquella tarde.

Esa libertad y el cariño de mi barrio forjaron la mujer que soy hoy: una profesional orgullosa de su tierra que, sin importar a dónde vaya, nunca olvida de dónde viene.



## MARIA ROSA COLTA CHURUCHUMBI

### SABIDURÍA ANCESTRAL AL CUIDADO DE LA VIDA



María Rosa Colta Churuchumbi nació en la comunidad de Angla, parroquia San Pablo del Lago, cantón Otavalo, provincia de Imbabura, Ecuador. Es hija de María Hortensia Churuchumbi, originaria de la comunidad San Pablo Urco, parroquia Olmedo del cantón Cayambe, y de José Colta Perachimba, de la comunidad de Angla.

Creció en un contexto de grandes necesidades, en los años posteriores a la reforma agraria, una época marcada por las dificultades que enfrentaban las comunidades indígenas para acceder a la salud, la educación y otros derechos básicos.

Desde muy joven comprendió que la superación personal dependía del esfuerzo propio. Esa convicción, sumada al amor y la motivación de sus cinco hijos, se convirtió en la fuerza que la impulsó a formarse y a trabajar por el bienestar de su comunidad.

Realizó sus estudios de educación básica en la Unidad Educativa Leopoldo Nicolás Chávez y posteriormente obtuvo el título de Bachiller en Ciencias Sociales en el Colegio Siglo 21.



Su trayectoria comunitaria y social comenzó en 1990, cuando se integró a la CHIJALLTA-FICI en el marco del levantamiento del movimiento indígena, promoviendo la educación intercultural bilingüe. Desde entonces ha participado activamente en procesos organizativos y de desarrollo comunitario.

En 1995 formó parte de la comisión de usuarios que gestionó la llegada de electricidad para las comunidades de la parroquia San Pablo del Lago. Este logro transformó la vida cotidiana de muchas familias, marcando un antes y un después para la comunidad, al permitir contar con luz tanto de día como de noche.

Un año después, en 1996, asumió la presidencia del Grupo de Mujeres Emprendedoras de la Asociación Agrícola El Topo, donde impulsó proyectos productivos enfocados en la elaboración de pan y la confección de vestimenta tradicional del pueblo Kayambi.

En 1998, gracias a una encuesta de salud y nutrición realizada en la comunidad de Angla por el Cuerpo de Paz de los Estados Unidos, conoció el trabajo de CEMOPLAF y Jambi Wasy. A partir de ese momento inició su labor como voluntaria de salud, promoviendo la salud sexual y reproductiva con enfoque de planificación familiar, así como programas de nutrición para niños menores de cinco años. A través de talleres demostrativos enseñaba a las familias a aprovechar los alimentos propios de la localidad para mejorar la alimentación infantil.

En 1999 volvió a participar en una importante gestión comunitaria: la creación de un servicio de transporte público para las comunidades de San Pablo del Lago, mediante un trabajo conjunto con la Cooperativa de Transportes Otavalo. Este logro permitió reducir las largas caminatas que antes debían realizar los habitantes para trasladarse hacia la ciudad.

Ese mismo año viajó a la Amazonía ecuatoriana como voluntaria de salud, para un intercambio de saberes con mujeres sabias de la región amazónica. En ese momento su hijo Jhoni tenía apenas seis meses. Esta experiencia fortaleció sus conocimientos en salud intercultural y amplió su visión sobre la medicina ancestral.



También en 1999 fundó en la comunidad de Angla el primer grupo de mujeres Pachamama, iniciativa que promovía la organización comunitaria, el desarrollo económico de las mujeres y el fortalecimiento de la agricultura y las artesanías.

En el año 2000 se integró formalmente al cuerpo de voluntarias de salud, experiencia que fortaleció su liderazgo como mujer sabia y promotora de salud comunitaria. Con el respaldo de la FICI, en 2002 ingresó a trabajar en la Dirección Provincial de Salud de Imbabura en el área de salud intercultural.

Entre 2002 y 2012 recorrió los distintos cantones de la provincia de Imbabura promoviendo el diálogo entre la medicina ancestral y la medicina occidental. Su trabajo la llevó a conocer diversas comunidades: desde Lita, con la nacionalidad Awá, hasta Angochagua, con el pueblo Caranqui; también visitó comunidades del cantón Pimampiro, desde Chugá hasta Chalguyacu, y del cantón Urcuquí, desde Buenos Aires hasta San Blas.

Su experiencia también trascendió las fronteras del país. En 2003 viajó a Estados Unidos, donde impartió talleres sobre salud intercultural y parto humanizado en la Universidad de Massachusetts. Al año siguiente, en 2004, fue invitada a Canadá, donde capacitó sobre el rol de la partera en las comunidades indígenas en la Universidad de Toronto.

En 2012, con la reorganización del sistema de salud y la creación de las Coordinaciones Zonales, fue trasladada al Hospital San Luis de Otavalo, donde

continúa trabajando como partera. Su labor se enfoca en acompañar los procesos de parto y contribuir a la reducción de la mortalidad materna y neonatal, fortaleciendo el diálogo entre la medicina ancestral y la medicina occidental. En este espacio ha construido una relación de respeto mutuo con los profesionales de salud, quienes también han aprendido de su experiencia y conocimientos.

En 2019 participó en encuentros internacionales de mujeres sabias y medicina ancestral en Panamá y Colombia, donde compartió la experiencia del Hospital San Luis de Otavalo y el trabajo relacionado con la certificación ESAMYN.

Su trayectoria ha sido reconocida a nivel nacional e internacional. En marzo de 2024, la Asamblea Nacional de la República del Ecuador le otorgó la Condecoración al Mérito Social Dr. Vicente Rocafuerte, en reconocimiento a su trabajo y lucha constante por la salud de los pueblos indígenas de la provincia de Imbabura.

Ese mismo año, en julio de 2024, participó en Francia en el Encuentro Mundial de Sabios, donde compartió los conocimientos ancestrales del mundo andino sobre el cuidado del embarazo, el parto, el posparto y la atención del recién nacido durante los primeros años de vida, además de promover la medicina ancestral como complemento de la medicina moderna.

Actualmente continúa trabajando y coordinando con parteras certificadas por el Ministerio de Salud en las parroquias del cantón Otavalo, realizando reuniones mensuales de capacitación e intercambio de experiencias.

Su vida y su trabajo están guiados por los principios ancestrales del mundo andino:

“Ama Llulla, Ama Killa, Ama Shua” (No mentir, no ser ocioso, no robar) y por un profundo amor a la Pachamama, a la comunidad y a la vida.

¡Kawsayay Pachamama!

En marzo de 2025 fue reconocida como una de las 25 mujeres otavaleñas destacadas, en reconocimiento a su valioso aporte a la ciudad.

## LLAMAR A LA COMUNIDAD



**María Rosa Colta**

Mi historia se remonta a 1996, en la comunidad de Angla, en San Pablo. En aquel tiempo la luz recién empezaba a llegar y todavía no contábamos con parlantes ni con la tecnología que hoy facilita todo. Para convocar a la gente había que hacerlo a puro grito desde las lomas.

Ahora parece sencillo organizar una reunión con un chat o una llamada desde el celular. Antes no era así. La organización comunitaria dependía de la voluntad de las personas y del apoyo de la familia. En mi caso, también del apoyo de mis hijos. Yo ya empezaba a formarme como líder y necesitaba reunir a la gente de la comunidad.

Para avisar de las reuniones enviaba a mis dos hijos —que hoy tienen 43 y 41 años— con un cuadernito donde anotaba los recados. Allí escribía algo sencillo: “Mamita, abuelita, por favor júntense en la casa comunal a tal hora; van a venir los de CEMOPLAF, los del Cuerpo de Paz o los promotores de salud”.

Mis guaguas salían corriendo por los caminos, jugando con una llantita y llevando el papelito en la mano para avisar a las vecinas, como Manuela o Clementina Cacuango.

## IDENTIDAD Y RESISTENCIA EN LA SALUD



**María Rosa Colta**

Les voy a contar una anécdota, que guardo con mucho orgullo. Yo no tuve una formación académica tradicional; soy bachiller, pero alcancé ese logro a los 35 años, después de terminar la primaria cuando ya era madre de cinco niños. A pesar de eso, gracias a Dios y a mi experiencia como voluntaria en salud con el Cuerpo de Paz, Jambi Huasi y Semoplaf, la Federación Indígena y Campesina de Imbabura (FICI) se fijó en mí. La licenciada Mercedes Muenala me buscó para una entrevista y, para mi sorpresa, salí ganadora.

Así fue como, en el año 2000, empecé a trabajar en la Jefatura Provincial de Salud —lo que hoy es la Coordinación Zonal—. Allí trabajé hasta el 2012, antes de dedicarme de lleno a mi labor como partera en Otavalo.

En esa oficina, a veces sentía que se burlaban de mí, quizá por ser indígena. Yo siempre usaba mi sombrero, mientras que otras compañeras de Otavalo o Atahualpa no lo hacían. Recuerdo que, durante mi primera semana, cuando cantábamos el Himno Nacional, un señor llamado Iván —epidemiólogo y muy “profesional”— se me acercó y me dijo:

—Oiga, señora, sáquese el sombrero, por favor.



Yo no lo hice, porque para mí el sombrero es sagrado. Además, ya sabía que, como luchadora, debía defender lo que soy. A la semana siguiente, el lunes, volvió a insistir con un tono autoritario:

—A usted le estoy diciendo: ¡sáquese el sombrero!

En ese momento me cansé y le respondí con firmeza:

—Mire, Iván, yo no me puedo sacar mi sombrero; pero si quiere, ¡puedo sacarme el calzonario!

El señor se puso rojo como un tomate y se quedó calladito. No dije “interior”; dije “calzonario”, así como decimos nosotros. Desde ese día, nunca más me volvió a molestar.

## LA COMPRA



**María Rosa Colta**

Recuerdo claramente aquellos días de mi infancia, cuando las letras eran para mí dibujos extraños y el mundo se entendía más por olores que por letreros. En ese entonces, yo no sabía leer. Una mañana, mi madre me dio unas monedas y me mandó al mercado con una tarea sencilla: "Luz María, tráeme un jabón".

Fui con paso decidido, sintiéndome importante por el encargo.

Cuando llegué a la tienda, me quedé mirando los productos. Todos me llamaban la atención, hasta que vi un delicioso pan que me hacía ojitos. Lo tomé con cuidado, pagué y regresé orgullosa de mi compra.

Cuando mi madre vio lo que había traído, su expresión cambió de inmediato. Mi equivocación no terminó bien: en ese mismo momento me llamó la atención y me castigó por la compra que había hecho.

## MÓNICA CONCEPCIÓN GARCÉS

ENTRE EL AROMA DE LA COCINA Y EL ORGULLO OTAVALEÑO



Mónica Concepción Garcés es una mujer que lleva a Otavalo no solo en su cédula, sino en su identidad más profunda. Nacida el 25 de enero de 1962, creció bajo el amparo de sus padres, Alejandro Garcés y Teresa Garcés, quienes sembraron en ella las raíces de la mujer trabajadora que es hoy.

Su camino en las letras comenzó en la escuela Isaac Jesús Barrera. La curiosidad y el deseo de superación la llevaron luego a las aulas del Colegio República del Ecuador, culminando su bachillerato en el centro Víctor Manuel Mideros, en la ciudad de Ibarra. Sin embargo, su verdadera vocación no estaba solo en los libros, sino en el arte de transformar ingredientes: Mónica se formó con esmero hasta obtener su título artesanal de Chef, convirtiéndose en jefa de cocina.

Su trayectoria laboral es un reflejo de su espíritu de servicio y su incansable voluntad. Sus manos y su sazón han pasado por instituciones que cuidan de la comunidad, como el INFA y la Cruz Roja Cantonal de Otavalo. También dejó su huella en lugares tradicionales como la panadería de Don Figueroa y en espacios

institucionales como el comedor del Banco de Fomento y el Municipio de Otavalo.

Hoy, Mónica continúa activa y comprometida con su gremio como socia de la Asociación de Artesanos "Paz y Trabajo". Su vida es el testimonio de una otavaleña que, con orgullo y una cuchara de palo en alto, ha sabido alimentar los sueños de su familia y el progreso de su tierra. Por ello, en marzo de 2025, fue reconocida con justicia como una de las 25 mujeres otavaleñas destacadas, un homenaje a su invaluable contribución a la ciudad.

## LA SOSPECHA BAJO EL AGUACERO



**Mónica Garcés**

Trabajaba en ese entonces con don Hernán Figueroa. Recuerdo que debía entrar a la madrugada, a eso de las tres y media, pero esa noche el cielo se caía en un aguacero terrible. Yo no podía llegar a la panadería en esas condiciones, pero mi responsabilidad era mayor: no podía faltar y, mucho menos, permitirme un atraso.

Como no tenía otra forma de protegerme, busqué una funda plástica grande, le hice unos huecos para poder ver y me la puse desde la cabeza para salir a caminar bajo la lluvia. En medio de la oscuridad y la soledad de la calle, me crucé con un patrullero. Los policías, al verme así vestida, se bajaron de inmediato; estaban convencidos de que yo era una "campana" de los ladrones. Por más que les juraba que solo era una trabajadora intentando llegar a su puesto, no me creyeron ni una palabra.

Me escoltaron con el carro de la policía, siguiéndome paso a paso hasta que me vieron entrar al local. Pero ni siquiera eso los dejó conformes. Al día siguiente, regresaron para hablar con el dueño y preguntarle si de verdad yo trabajaba allí. Don Hernán les confirmó todo, asegurándoles que yo era parte de su equipo. Fue un momento tenso, pero hoy lo guardo como una prueba de que, cuando uno quiere cumplir, no hay tormenta ni sospecha que lo detenga.

## CAMINO A IBARRA POR AMOR



**Mónica Garcés**

Recuerdo con mucha claridad una época difícil en la que mi madrecita estaba hospitalizada en Ibarra. Coincidió con un fuerte paro de transportes y yo me sentía atrapada; estaba desesperada porque necesitaba verla y, sobre todo, comprar las medicinas que el doctor me pedía con urgencia.

En medio de esa angustia, me encontré con un buen amigo que, al notar mi desesperación, me dio una solución inesperada: «Yo te llevo en mi caballo. Vamos a Ibarra, ¿cómo vas a dejarle a tu madrecita sin la medicinal!».

Como soy de baja estatura, él me alzó con ternura, como si fuera una niña y me acomodó en su caballo para emprender el camino. Gracias a su nobleza, logré llegar al hospital, visitar a mi madre y entregarle sus remedios.

Mi amigo, tan gentil, se quedó esperándome hasta que terminara mis pendientes para traerme de vuelta a Otavalo. Un gesto por el que sigo sintiéndome profundamente agradecida.



## ANGELITA IZA RAMÍREZ

### IMPULSO Y PERSEVERANCIA



Berta Beatriz Issa Ramírez nació el 8 de junio de 1964 en Peñaherrera, un pequeño pueblo de la zona de Intag. Es la penúltima de diez hermanos, hija de Manuel Issa y Carmen Ramírez. Su infancia estuvo marcada por la vida en una familia numerosa, donde el trabajo y el apoyo entre todos formaban parte del día a día. Creció rodeada de ese ambiente familiar que le enseñó, desde muy joven, a valorar el esfuerzo y la constancia.

Se trasladó a Otavalo para cursar sus estudios secundarios en el Colegio República del Ecuador. Con el tiempo, esta ciudad se convertiría en el lugar donde construiría gran parte de su vida.

A los 22 años formó su hogar junto a César Flores. De esa unión nacieron cuatro hijos, quienes han sido siempre el centro de su vida y su principal motivación para seguir adelante. Con el paso de los años, se hizo realidad un proyecto que había tenido. Así que abrió su propio negocio: el Asadero El Papi Pollo. Como muchos emprendimientos que comienzan desde cero, los primeros meses no fueron fáciles; todo era incertidumbre. Sin embargo, Berta no decayó, confiando en que el esfuerzo diario terminaría dando resultados.

La gente de Otavalo la llama “Angelita” y refleja el cariño con el que la tratan en su entorno. Detrás de ese nombre y de su negocio, sin embargo, hay una mujer firme y trabajadora, que ha sabido sostener su proyecto con paciencia y dedicación.

Uno de los momentos más difíciles llegó durante la época de la dolarización. Berta había logrado ahorrar, poco a poco, con la ilusión de comprar una casa y asegurar un espacio para su negocio. Cuando el proceso económico congeló su dinero, sintió que años de esfuerzo podían perderse. A pesar de ese golpe, continuó con perseverancia y finalmente, logró comprar su vivienda, algo que para ella significó mucho más que una simple adquisición: fue el resultado de años de trabajo y sacrificio.

Hoy, tres décadas después al frente de “Papi Pollo”, Berta Beatriz sigue con su negocio con el mismo compromiso de siempre, con una fe sencilla en que las cosas se pueden lograr cuando se lucha por ellas.

En marzo de 2025 fue reconocida como una de las 25 mujeres otavaleñas destacadas, un reconocimiento a su dedicación a la gastronomía y al aporte que, con su trabajo, ha brindado a la ciudad.

## LOS INICIOS EN EL GARAJE



Angelita junto a su esposo

Todo comenzó en un pequeño garaje. No era un lugar lujoso, pero un rincón sencillo que me permitió dar el primer paso. Mentiría si dijera que estaba segura de todo; al principio, las dudas me visitaban constantemente. No sabía con exactitud cómo preparar cada detalle de lo que quería ofrecer y, en más de una ocasión, me sorprendía preguntándole al silencio si realmente estaba haciendo lo correcto.

Aquellos primeros tiempos fueron de un esfuerzo puramente artesanal. Me tocó aprender sobre la marcha: acomodar el espacio con lo que tenía, probar una y otra vez cómo hacer las cosas, corregir los errores del día y volver a intentarlo con el sol de la mañana siguiente. El miedo a fallar era un compañero silencioso que me hacía cuestionar si el negocio saldría adelante o si la gente llegaría a confiar en mi sazón y en mi propuesta.

A pesar de las dudas, nunca me rendí. Había algo en mi interior que me motivaba a trabajar cada día y con el paso del tiempo, fui ganando seguridad y comprendí que cada tropiezo traía una enseñanza nueva. Además, siempre mantuve viva la fe de que, si ponía la dedicación y el empeño en lo que hacía, las cosas tenían que salir bien.

Hoy, cuando miro hacia atrás, sé que aquel garaje humilde fue la semilla de un proyecto que creció paso a paso, con mucha paciencia. Gracias a Dios, todo fue tomando su propio rumbo y eso es lo que hoy me permite contar esta historia con la serenidad de quien, finalmente, ha visto sus sueños cumplirse.

## EL SUEÑO QUE CASI SE DESVANECE CON EL DÓLAR



**Angelita Iza**

Si algo tuve claro desde siempre, fue que quería ver a mis hijos bajo un techo propio y tener un lugarcito digno donde levantar mi negocio. No fue fácil; me tocó ahorrar cada centavo con una disciplina de hierro, privándome de muchas cosas y trabajando de sol a sol. Pero parece que la vida a veces nos pone muros justo cuando estamos por llegar a la meta. Recuerdo que, en el momento exacto en que por fin iba a comprar mi casa, estalló lo de la dolarización y mi dinero se quedó atrapado en el banco. En ese instante sentí que el mundo se me venía abajo. Ver cómo el esfuerzo de tantos años se hacía humo frente a mis ojos me partió el alma; llegué a pensar que ese sueño, por el que tanto había luchado, simplemente no era para mí.

Pero Dios y el destino tienen sus vueltas y, contra todo pronóstico, las cosas se acomodaron y pude concretar la compra de mi casita. Ese día comprendí que, aunque el camino se ponga cuesta arriba y uno sienta que ya no puede más, el trabajo honrado y el sacrificio siempre tienen su recompensa. Hoy, miro mis manos y mi negocio con un orgullo que me llena el pecho, porque ya son 30 años de mantener en pie este proyecto con el mismo amor y la misma gratitud con la que empecé.



## MARGARITA GUEVARA

### UN PUENTE DE SEDA ENTRE OTAVALO Y CHINA



Margarita Guevara Cueva es una artista plástica otavaleña cuya vida y obra son un testimonio de curiosidad infinita y mestizaje cultural. Su trayectoria no es solo la de una pintora, sino la de una incansable gestora y docente que ha logrado fusionar la calidez del espíritu ecuatoriano con la milenaria disciplina del arte asiático.

Su camino en las artes visuales comenzó con honores máximos (Magna Cum Laude) en la Universidad San Francisco de Quito. Sin embargo, su sed de conocimiento la llevó a cruzar océanos. Entre 1998 y 2002, Margarita se sumergió en la cultura oriental, especializándose en Pintura Tradicional China y Caligrafía en la prestigiosa Academia Nacional de Bellas Artes en China y en la Universidad de Zhejiang. Este viaje no fue solo académico; fue una transformación personal que le permitió dominar el mandarín y comprender la filosofía del "vacío y la serenidad", elementos que hoy son el alma de su propuesta estética.

La obra de Margarita ha recorrido el mundo, desde las salas de su natal Otavalo e Ibarra hasta galerías en Shanghái, Bonn y Bruselas. A través de exposiciones individuales como "*Zhongguo Huaniao*" y "*Abstracciones Caligráficas*", ha demostrado



que el arte es un lenguaje universal que no entiende de fronteras. Pero su impacto va más allá del lienzo. Como administradora del Centro Cultural Municipal “Alfredo Mora Reyes” en Loja y directora de Bambú Galería en Otavalo, ha sido una pieza clave en la catalogación del patrimonio y la curaduría de espacios que celebran la identidad femenina y el arte contemporáneo. Su labor ha sido reconocida con la Medalla de Honor “Pilanquí” y el Reconocimiento al Mérito de la municipalidad de su tierra natal.

Margarita cree profundamente en el arte como una herramienta educativa. Ha sido docente invitada en instituciones como la UTPL y la UIDE, donde ha enseñado no solo técnicas de pintura, sino también el idioma chino y la investigación metodológica. Su espíritu investigador la ha llevado a explorar el uso de pigmentos naturales y especies tintóreas de la Amazonía ecuatoriana, buscando siempre una conexión orgánica entre la tierra y la creación artística. Sus murales colectivos en Ibarra, Otavalo y Cotacachi son hoy parte del paisaje cotidiano que narra la historia y el futuro de su pueblo.

Con más de 400 obras registradas por el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador, Margarita Guevara Cueva se posiciona como una de las voces femeninas más influyentes de la plástica nacional. Su vida es un reflejo de lo que sucede cuando la tradición se encuentra con la innovación, y cuando una mujer decide llevar la voz de su ciudad a los escenarios más importantes del mundo.

## ENTRE EL SISMO Y EL PROTOCOLO



**Margarita Guevara Cueva**

El 16 de abril de 2016 quedó marcado en la memoria del Ecuador. Aquel sábado, a las 18:58, un terremoto de 7.8 sacudió al país, dejando a nuestros hermanos de la Costa, especialmente en Manabí, en el epicentro de la tragedia. Fue el sismo más mortal en la historia reciente de la región, cobrando la vida de 673 personas y dejando una estela de réplicas que no daban tregua.

En ese entonces yo vivía en Loja, en un edificio de diez pisos. Recuerdo el pánico de sentir cómo todo se balanceaba; mi única reacción fue huir. Bajé las escaleras descalza y en pijama, casi sin sentir los pies, mientras mi sobrino corría tras de mí gritando que esperara, que ya iba a pasar. En la planta baja, el garaje era un escenario de desesperación: familias con niños en brazos y mascotas, todos con el rostro desencajado por la angustia. Recién cuando logramos cruzar a un pasaje frente al edificio y una señora me ofreció agua, pude reaccionar y ponerme los botines. Ese miedo se me quedó grabado; desde entonces, me es imposible mantener el control cuando la tierra se mueve.

Apenas unos días después del desastre, el deber me llamó. Como artista plástica y administradora del Centro Cultural “Alfredo Mora Reyes”, debía intervenir en el

"Domingo Cívico" por el Día Mundial del Arte. El ambiente en el Municipio de Loja era tenso; el país seguía de luto y las réplicas continuaban. Entre el público y las autoridades —militares, policías, bomberos— solo se escuchaban rumores sobre el sismo. Muchos esperábamos que el alcalde suspendiera el acto, pero el protocolo se impuso.

Llegó mi turno. Subí al podio escoltada por un coronel de la policía a mi derecha y la Reina de Loja a mi izquierda. Empecé mi lectura muy concentrada, pero de pronto, por el rabillo del ojo, vi un movimiento brusco. Policías y bomberos empezaron a correr desesperados hacia el costado del estrado. El pánico me invadió de inmediato: "Es otro temblor", pensé. El pavor me cerró la garganta, pero el rigor del acto me obligó a seguir leyendo como pude, esperando el sacudón en cualquier segundo.

Cuando por fin terminé y regresé a mi sitio, el coronel se me acercó y me susurró al oído: «Tranquila, es que la reinita se desmayó. Con este frío y esa ropa tan ligera, le dio hipotermia».

Solo en ese instante respiré con normalidad.

El revuelo de la gente no era por la tierra moviéndose, sino por el desmayo de la reina. Al final del programa, entre risas nerviosas y bromas con mis colegas, confesé lo que había pasado por mi mente. Fue un alivio saber que la chica estaba bien y que, por esa vez, mis miedos me habían jugado una mala pasada en medio de la solemnidad del momento.

## SORAYA RUEDA RODRÍGUEZ

### UNA VIDA DE TRABAJO Y COMPROMISO CON OTAVALO



Mirian Soraya Rueda Rodríguez nació en diciembre de 1959, en la provincia de Imbabura, en una tierra marcada por la presencia del Taita Imbabura y por la historia viva de Otavalo. Allí crecieron sus primeros sueños y también su sentido de pertenencia a una ciudad que, con el tiempo, se convertiría en el centro de su trabajo y de su vocación de servicio.

Sus primeros estudios los realizó en la Escuela Gabriela Mistral. Más adelante continuó su formación en Quito, en el Colegio Español Nuestra Madre de la Merced, y luego en el American Junior College. Pero su aprendizaje no se detuvo en las aulas. A lo largo de los años ha seguido preparándose en diferentes áreas relacionadas con la gestión pública, la administración, la comunicación y los derechos ciudadanos, siempre con la idea de fortalecer su trabajo dentro del servicio público.

Fue fundadora del desaparecido Diario *Hoy*, en la capital, y también formó parte del *Periódico de Medio Día*.

Gran parte de su vida laboral ha estado vinculada al Municipio de Otavalo, donde desempeñó funciones importantes como secretaria general, prosecretaria y jefa

de Personal. Desde estos cargos participó activamente en la organización y el funcionamiento de la administración municipal, procurando siempre que el trabajo institucional mantuviera un rostro humano y cercano a la ciudadanía.



Soraya y sus dos nietas

También tuvo la oportunidad de trabajar en la Prefectura de Imbabura como secretaria, una experiencia que le permitió conocer de cerca el funcionamiento de la administración provincial. Más adelante realizó pasantías en espacios importantes del país, como el Congreso Nacional y la Presidencia de la República del Ecuador. Esos momentos le abrieron una ventana para comprender cómo se toman las decisiones en las instituciones públicas y ampliaron su mirada sobre el servicio al país.

Pero la historia de Soraya no se ha quedado solo entre oficinas y documentos. A lo largo de los años ha mantenido un compromiso constante con la vida social de su comunidad y con el fortalecimiento del liderazgo de las mujeres. Como integrante de la Asamblea de Mujeres del cantón Otavalo ha acompañado diferentes procesos que buscan que más mujeres participen, opinen y ocupen un lugar activo en la vida pública y comunitaria.

Ese espíritu participativo también se ha reflejado en los espacios más cercanos a la vida cotidiana. Fue presidenta de la Liga Cantonal de Otavalo y del Comité



Central de Padres de Familia en la Unidad Educativa Sarance, así como en la Unidad Educativa Simón Bolívar, donde trabajó junto a padres y docentes, siempre con el bienestar de los estudiantes como prioridad.

Asimismo, asumió la presidencia del Comité del Barrio Central “Corazón de Otavalo”, desde donde impulsó acciones orientadas a fortalecer la convivencia y el trabajo conjunto entre vecinos.

En el ámbito profesional, también formó parte de la dirigencia de la Federación Ecuatoriana de Secretarías y Oficinistas, donde se desempeñó como vicepresidenta, promoviendo la capacitación y el reconocimiento del trabajo administrativo, una labor ejercida mayoritariamente por mujeres.

En marzo de 2026, el Gobierno Autónomo Descentralizado de Otavalo y el Consejo Cantonal de Protección de Derechos reconocieron su trayectoria como mujer lideresa. Este reconocimiento resume una vida dedicada al trabajo responsable, al servicio público y al compromiso con su comunidad.

La historia de Mirian Soraya Rueda Rodríguez es, en muchos sentidos, la historia de tantas mujeres otavaleñas que han construido su camino con esfuerzo, disciplina y vocación de servicio: mujeres que, desde distintos espacios, han contribuido a fortalecer la vida de su ciudad y de su gente.



## CLUB DE TIRO CAZA Y PESCA



**Soraya Rueda**

Creo que el gusto de socializar con personas mayores, lo tengo desde niña. No tendría más allá de 8 años, cuando me percaté que un grupo de señores se habían reunido en el segundo piso de la casa de mis padres, frente al antiguo “Mercado 24 de mayo”.

Extrañada, pregunté a mi madre qué ocurría y por qué se reunían esos señores allí. Mi madre, la señora Angelita, me respondió que esos caballeros eran nada más y nada menos que los amigos de mi padre y que estaban fundando el Club de Tiro, Caza y Pesca. Prosiguió con otras explicaciones que, en ese momento, no comprendí. Pero lo que sí me quedó claro fue su advertencia: “Cuando vengan los señores a casa, no se te ocurra hacer ruidos, bajar o subir las gradas y peor aún, asomarte al cuarto de sesiones. Ni ahora ni ningún otro día, ¿entendiste, hija?”.

Con el pasar del tiempo, de tanto verlos llegar a casa, fui haciéndome su amiga. Me llamaba la atención lo altos que eran, también su espesa barba y su escaso cabello. Un par de señores tenían pinta de gringos. En fin, cuando llegaban, ya saludábamos con mucha naturalidad y algunos hasta me pasaban la mano sobre la cabeza.

Un día le pregunté a mi madre quiénes eran esos señores. Me dijo que eran los médicos del Hospital San Luis de Otavalo (doctores: Manciatí, Miranda, Gaviláñez, Sánchez, Cevallos y los hermanos Endara) y los comerciantes de Otavalo (señores:

Nicola Krajevic, Juan Moreano, René Rodríguez, Nelson Echeverría, Lizardo Aguilar, Franklin Haro, Heriberto Moreno, Pancho Cepeda, Guido Haro, Joaquín Sandoval, Alberto Bueno y mi padre, Ángel Rueda).

En ese momento, qué difícil fue retener tantos nombres, pero con el tiempo, la tarea se tornó fácil por la frecuencia con que los saludaba y me despedía. Mi madre siempre me recomendaba hacerlo: “Salude, hijita: despídase, hijita...” Entonces, yo decía: “Buenos días, doctor Manciatí: buenos días señor Echeverría; hasta luego doctor Cevallos; hasta mañana señor Cepeda...”

Un día decidí olvidarme de la advertencia de mi madre y entrar al salón de sesiones, aprovechando que alguien hacía la limpieza del lugar. Lo que vi me dejó boquiabierto y si no grité fue porque tenía miedo de que mi madre, al escucharme, bajara del tercer piso a retarme.

Una colección de animales disecados colgaba de las paredes de todo el salón. Los más terroríficos eran un cóndor, que solo había visto en los libros de la escuela, y una cabeza de venado. Entonces, entendí lo que un día escuché a mi madre decir: “La curiosidad mató al gato”. Temblando del miedo, salí del lugar y me prometí que no volvería a entrar al salón por unos días. Mucho tiempo después conocería que el señor Guido Haro era el encargado de disecarlos.

Años más tarde, los socios dejaron de reunirse en el salón de la casa. El Club había crecido y con el trabajo de todos, habían logrado construir su propio local, a orillas del Lago San Pablo. Para ese tiempo, algunos socios se habían marchado de Otavalo, como ciertos médicos del Hospital San Luis de Otavalo. Los hijos de quienes aún permanecían en el Club, empezábamos a tener nuestra propia participación y espacio social. Fueron renombradas las fiestas de gala que el Club organizaba durante la Fiesta del Yamor.

Muchos años después, un fin de semana que estaba en casa de mis padres, con sorpresa presencié, cómo los socios fundadores del Club de Tiro, Caza y Pesca volvían a reunirse en el salón del segundo piso. Extrañada le pregunté a mi madre qué ocurría y por qué se congregaban otra vez en casa. Mi madre me respondió: “Hija, está naciendo La Cámara de Comercio de Otavalo”.

## SECRETARIA DEL PRESIDENTE



Soraya Rueda

Un accidente lamentable le ocurrió a un joven muy cercano a la familia. Se había marchado a Europa, en gira con su grupo folklórico a buscar mejores horizontes. Lamentablemente, perdió la vida y la familia, en medio de la tristeza que le embargaba, se movilizó para traer desde Alemania el cadáver de este joven esposo y padre de familia.

Fui a la Cancillería con una amiga costeña que era familiar del difunto. La familia debía averiguar qué trámites y papeles se necesitaban para la traída del féretro al país. El esposo de mi amiga había sido embajador del Ecuador tiempo atrás y conocía cómo se movían las cosas allí; además, yo tenía un amigo en la Cancillería. Pensábamos que entre las dos la gestión se facilitaría enormemente.

Apenas llegamos, nos dimos cuenta que no íbamos a conseguir nada por las largas colas que había para los diferentes trámites y no le encontraba a mi amigo por ningún lado.

Nos dirigimos a la recepción y mi amiga pidió hablar con el canciller. Le dijo que era la secretaria personal del abogado Abdalá Bucaram y que a nombre de él venía a realizar una gestión. Como era alta, guapa y costeña, el papel de secretaria le quedaba

muy bien. Yo casi me muero del susto, porque no imaginé que iba a decir tal cosa. Me regresó a ver y me dijo: “Tranquila, déjame a mí hablar”.

Esperamos unos minutos y nos hicieron pasar a la oficina de un alto funcionario. Mi amiga, se presentó como la ex esposa del embajador y como la secretaria del señor presidente de la república. Yo estaba más muerta que viva, pensando que nos iban a atrapar en la mentira. Al contrario de lo que supuse, el funcionario nos dio todas las indicaciones y nos dijo que debíamos empezar por el Registro Civil. Nos dio el nombre del director y dijo que fuéramos a nombre del canciller. Mi amiga se despidió muy amablemente y a la salida volvió a decirme: “Tranquila, yo hablo en el Registro Civil”.

Llegamos al Registro Civil y volvió a presentarse ante el director como la secretaria personal del abogado Abdalá Bucaram y la esposa del ex embajador del Ecuador. Le dijo que habíamos pasado por la Cancillería y que el Sr. canciller nos había enviado directamente con él. En menos de 30 minutos vimos cómo se movían los empleados y nos daban toda la documentación requerida, que no la hubiéramos obtenido, sino en semanas.

Al salir del Registro Civil, mi amiga se me adelantó y cuando yo estaba en la puerta, a punto de salir, sentí que alguien me detenía del hombro. Era la secretaria del director, que me comunicaba que debíamos firmar la constancia del retiro de la documentación. Suspiré profundamente y como pude, escribí el primer nombre que se me vino a la mente y me despedí con rapidez.



## LA CAJA VACÍA



**Soraya Rueda**

Esta inusual historia sucedió hace unos treinta años en el cementerio de la ciudad de Otavalo.

Una mañana había ido al camposanto a arreglar las flores de los nichos de mi familia. Me acompañaban en ese tiempo dos niños: mi hijo que era aún pequeño y un amiguito suyo.

Mientras acomodaba los arreglos florales, los niños, por varios minutos, jugaban y corrían de un lado al otro. Por instantes, los perdí de vista, cuando de pronto, a lo lejos, observé cómo venían corriendo despavoridos. Me gritaban algo desde lejos, pero yo no podía escucharlos. Cuando pasaron frente a mí, sin detenerse, me gritaron que arrojara las flores y corriera hacia la salida del panteón, porque un muerto estaba saliéndose de su tumba.

Yo, sin saber qué mismo pasaba y totalmente desconcertada y también nerviosa, corrí en estampida tras ellos. Finalmente, nos detuvimos en la salida. Allí me tranquilicé y luego procuré que los niños se calmaran, aunque estaban pálidos y todavía muy asustados. Les pregunté qué había pasado. Me repitieron que habían visto a un muerto salirse del nicho. Como única respuesta les dije que era imposible que un muerto pudiera salirse de la tumba. Les pedí de favor que me indicaran dónde habían visto a ese muerto.

Los pequeños se negaban a entrar nuevamente, entonces les abracé y les prometí que nada malo iba a ocurrirnos. Tomé sus manos y volvimos a ingresar al camposanto. En efecto, había una caja en medio de uno de los caminos. Estaba en el suelo, abierta, y de allí una mano colgaba fuera de la caja.

Sin pérdida de tiempo, un poco atemorizada también del hallazgo, salimos del cementerio y nos dirigimos al Municipio de la ciudad de Otavalo, a la Dirección de Higiene para avisar lo que habíamos visto en el panteón.

Regresamos con dos policías municipales, pero cuál sería nuestra sorpresa al ver que la mano que vimos colgada ya no sobresalía de la caja. Nos acercamos y vimos que el féretro estaba ya vacío. En cuestión de minutos se habían llevado el cuerpo del hombre o de la mujer que había fallecido.

Los policías me dijeron que la sustracción del cadáver no era un simple acto delincuenciales. No se trataba de ladrones comunes, sino de alguien a quien le interesaba ese cuerpo, para venderlo o regalarlo a los estudiantes que cursaban la carrera de medicina.



## DON NIKOLA KRALJEVIC



**Soraya Rueda**

Don Nikola Kraljevic, socio del Club de Tiro, Caza y Pesca, era oriundo de Yugoslavia y se había radicado en la ciudad de Otavalo y aunque resulte difícil de creer, era más otavaleño que ningún otro. Amaba a la patria y a la ciudad que le había acogido como a uno de los suyos. Sobresalía entre todos, por su porte, por el acento extranjero que tenía, por su jovialidad y liderazgo. Era un hombre muy trabajador, un próspero comerciante, dueño de la Ferretería Bosna, situada hasta el día de hoy en la calle Modesto Jaramillo, frente al antiguo Mercado 24 de Mayo.

En una oportunidad, me contaba mi padre, los socios se habían ido de pesca a la laguna de San Marcos, en la ciudad de Cayambe. Una pesca que había terminado antes de comenzar. Don Nikola, en la madrugada de aquel día, por accidente, se había caído en las gélidas aguas del lago. Los amigos, asustados, se olvidaron de la pesca y se dedicaron a socorrer a Don Nikola. Se ingeniaron para prender una hoguera, con lo que tenían a mano, para abrigarlo porque le había dado soroche.

Una noche, mientras cenábamos con mi familia, en el tercer piso de la casa, escuchamos cómo los socios llegaban antes de tiempo a la sesión que había convocado el Club de Tiro, Caza y Pesca, que por ese entonces funcionaba en el segundo piso de la casa. No pasó mucho tiempo, cuando oímos que alguien gritaba

con fuerza y desesperación: “Ángel, Ángel, ayúdame”. Por su acento, ya sabíamos que se trataba de Don Nikola. Mi padre bajó las gradas lo más rápido que pudo y lo que presencié fue muy gracioso: Don Nikola tenía la camiseta alzada y un catzo de color café (escarabajo) caminaba por su ombligo. Dos socios le sujetaban de los brazos para que no se quitara el animal, un bicho al que Don Nikola le tenía fobia.

El Dr. Manciatì, que era uno de los que le sostenía, estaba cobrándose en ese momento una broma que le había hecho Don Nikola días antes. El Dr. le había encargado un momento su maletín de médico y Don Nikola sin perder tiempo, había vaciado su contenido (termómetro, bajalenguas, estetoscopio, medicinas) y en su lugar había colocado herramientas de su almacén: destornillador, alicates, llaves, cinta métrica, clavos y tornillos. Cuando le devolvió el maletín, el Dr. se fue muy apurado a una visita médica a domicilio, cuando llegó y abrió la maleta, se dio cuenta de la broma de Don Nikola.

En otra oportunidad, el grupo se había ido de caza al sector de Cuicocha, porque habían escuchado que un puma venía atacando al ganado de Cotacachi. Ni bien llegaron al lugar, se dividieron en pequeños grupos de dos y de tres. Caminaban y caminaban y el puma no se aparecía por ningún lado. El grupo de Don Nikola y Ángel Rueda iba con cautela, concentrado, con paso lento. Cuando de pronto, escucharon a sus espaldas el gruñido del felino. Don Nikola dio tal salto, que asustó doblemente a mi padre. Ambos, en completo silencio, regresaron a ver y se encontraron nada más y nada menos que con el gran puma. Este, lejos de mirarlos con ojos de hambre, se agachó, tomó agua y se dio la vuelta. Los dos cazadores, paralizados del miedo, con el rifle en sus manos, miraron cómo el animal se perdía entre los matorrales.

## SOFÍA AMPARITO NICOLALDE BENÍTEZ

### DEL TRABAJO COTIDIANO AL LENGUAJE DEL ARTE



Nació en Otavalo el 26 de septiembre de 1958. Es hija de Luis Gonzalo Nicolalde y María Mercedes Benítez. A lo largo de su vida ha mantenido un profundo vínculo con su familia. Está casada con Fernando Andrade y es madre de María Paz y Mateo. Con el paso de los años, la vida también le regaló la alegría de ser abuela de Amelia y Juliana Proaño, un rol que hoy ocupa un lugar muy especial en su vida.

Realizó su formación profesional en la Universidad Católica de Ibarra, donde obtuvo el título de 'Técnica en Administración de Empresas Turísticas'. Su trayectoria laboral se desarrolló en la empresa Cementos Selva Alegre, una de las más importantes del país. Allí trabajó, aproximadamente 20 años, en el área técnica-administrativa, destacándose por su responsabilidad y compromiso, hasta llegar a formar parte del personal ejecutivo de la empresa.

Su interés por el desarrollo de la comunidad también la llevó a participar como coautora del Plan Piloto de Turismo Comunitario de la Región Sierra Norte. Además, ha compartido sus conocimientos como facilitadora en diversos talleres relacionados con el turismo comunitario.

Recibió, en reconocimiento a su trabajo y a su participación en iniciativas sociales, la Condecoración del Gobierno Provincial de Imbabura, otorgada por la Comisión de la Mujer y la Familia el 8 de marzo de 2007, en el marco del Día Internacional de la Mujer.

Más adelante, al asistir a los talleres de arte de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Imbabura, tuvo su primer acercamiento a la pintura. Desde ese momento, el arte comenzó a ocupar un lugar especial en su vida.



Ha participado en diversas exposiciones colectivas e individuales. Entre ellas destacan La Magia del Arte y Sentimientos Compartidos (2017), La Ruta del Color (2018), Contrastes (2022) y Colores de Abril en Primavera (2023), esta última como exposición individual en homenaje al Retorno de Ibarra. En 2024 participó también en la muestra Comunicaciones Diversas en el Museo Centro Cultural de Ibarra y en la exposición La Justa Mirada en la Corte Nacional de Justicia de Imbabura.

Ese mismo año recibió el reconocimiento a la Obra del Mes con su pintura La Madre, una obra que refleja la sensibilidad con la que aborda temas cercanos a su experiencia y a la vida cotidiana.

Su trabajo cultural también ha sido difundido en la revista Palabra de Mujer y es autora de la portada del libro digital Rincones de Otavalo: Leyendas y Poemas, de Dorys Rueda y otros autores, publicado en 2024.

Actualmente forma parte de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Imbabura, donde continúa participando en actividades que promueven el arte y la cultura de la región.



## MEMORIA DE UN DICIEMBRE



**Amparito Nicolalde**

Llegaba diciembre y en mi casa ya se anunciaba la Navidad. Mi madre, virtuosa en el arte de armar el Nacimiento de Jesús, comenzaba bajando del ático numerosas canastas llenas de imágenes del pesebre: el Niño Jesús, la Virgen María, San José, los Reyes Magos, el ángel de la estrella, además de muchos animalitos y pequeños juguetes que daban vida a la representación del Belén y del pueblo, con todos sus elementos: casitas, iglesia, municipio, socavón, mercado, tienda, plaza de toros, rebaño, laguna, entre otros.

Cada uno de nosotros participaba de alguna manera en aquella gran tarea familiar de “hacer el Nacimiento”. Uno de los elementos más importantes era el musgo, así como los vicundos, que servían de base y de adorno para la estructura formada con grandes tablas colocadas en forma de escalera. Aquella construcción ocupaba casi toda la sala de la casa, que era amplia y parecía transformarse, poco a poco, en un pequeño mundo navideño.

El abuelito era quien nos organizaba. Entonces emprendíamos caminatas: unas veces hacia Mojanda, otras hacia Yambiro y otras al río Blanco. Llevábamos nuestro kukavi y regresábamos con suficiente musgo y vicundos,



cansados pero felices. Así comenzaba, año tras año, la elaboración del Nacimiento.

Recuerdo especialmente una de aquellas caminatas al río Blanco. Muy temprano cruzamos hacia la otra orilla, donde crecían los vicundos. Lo hicimos sin dificultad; para ello nos quitamos los zapatos y las medias. Pero, al momento de regresar, el río había crecido.

Mis hermanos mayores lograron cruzar saltando por las grandes piedras que sobresalían entre la corriente. Yo, la más pequeña, me había quedado al final y no me atrevía a pasar. Desde la otra orilla me gritaron que lanzara primero los zapatos con fuerza para poder usar las manos al cruzar. Así lo hice, pero mis fuerzas de niña no fueron suficientes y la corriente se llevó mis zapatos.

Para el regreso, mis hermanos se turnaron para cargarme en sus espaldas. Sin embargo, al llegar a la ciudad, justamente por el Estadio Municipal, ya nadie quiso seguir cargándome, y yo tampoco quería caminar descalza.

Al llegar a casa, mi mamá, al notar mi ausencia, preguntó asustada qué había sucedido. Mis hermanos le contaron la historia y fue ella quien acudió a mi rescate para llevarme de regreso.

Aún hoy, cuando llega diciembre y comienza la preparación del Nacimiento, recuerdo aquella aventura infantil que, entre risas y sustos, quedó grabada para siempre en mi memoria.

## LA PÁNFILO



**Amparito Nicolalde**

Esta historia siempre la escuché de mi querida y recordada madre, Mercedes Benítez, y ahora quiero compartirla con ustedes.

La fiesta en la quinta La Florida, que llevaba encerrados a sus invitados ya por cinco días, había terminado y los invitados empezaban a salir, muchos de ellos pasados de copas, lo cual sirvió para que alguien apareciera por las noches, cerca de la Gruta del Socavón, cubierta con un manto fantasmal blanco; gemía ululante ante los borrachos que desmayados amanecían con los bolsillos vacíos.

El pueblo llamó al fantasma: “La pánfila” y aseguró que era un alma en pena que buscaba a quien confiarle el lugar de un entierro. Ya nadie se arriesgaba a salir por las noches, las mujeres atrancaban las puertas de sus casas, aunque sus maridos no llegasen y elevaban oraciones pidiendo protección al Supremo.

Se sabía que La pánfila tenía las uñas muy muy largas y eso creó sospechas en los amigos: U. Benítez (Mascha), Dávila (Pilico) y Sandoval, para quienes las fechorías de la “aparición”, que venían ocurriendo ya con frecuencia, se convirtieron en un reto que derivó en una apuesta de una botella de “puntas” de Intag, a quien se arriesgara a acercarse a la enviada de ultratumba.

El Pilico Dávila fue el designado para tan arriesgada misión. Se santiguó tres veces, tomó un buen trago para templar los nervios y se dirigió hacia el lugar por donde solía transitar “La Pánfila”.

Era noche de conjunción, corría un viento frío y los perros ladraban sin cesar. El Pilico, fingiendo estar borracho, avanzó tambaleante, sin descuidar todo lo que sucedía a su alrededor.

"La pánfila", cubierta de blanco hasta los pies, lo esperaba tras un tapial y levantando los brazos espectrales lanzó alaridos escalofriantes. El Pilico Dávila, aterrorizado, alcanzó a lanzar un buen puñetazo contra la “aparición” que cayó al suelo, donde le siguió golpeando sin parar. Entonces le quitó el manto y descubrió que era la mujer del zapatero Jacinto Buendía. Benítez y Sandoval se acercaron rápidamente, mientras el alma bendita lloraba desconsolada, pidiendo perdón, dejando al descubierto los grandes bolsillos donde guardaba lo robado.

Nunca más apareció por las oscuras callejas, se marchó del pueblo cuando la gente se enteró de sus andanzas.

## MARCIA SÁNCHEZ

### EDUCACIÓN, LIDERAZGO Y COMPROMISO CON EL DESARROLLO SOCIAL



Marcia Eloísa Sánchez Viñachi nació el 7 de marzo de 1948 en Otavalo, en el seno de una familia que valoraba profundamente la educación, el esfuerzo y el compromiso con los demás. Desde sus primeros años de vida, mostró una sensibilidad especial por el entorno que la rodeaba y una temprana convicción de que el conocimiento podía ser una herramienta poderosa para transformar realidades.

Realizó su educación primaria en la Escuela Inmaculada y cursó sus estudios secundarios en el Colegio Nacional Otavalo, donde comenzó a manifestar una marcada inclinación por las ciencias y por la enseñanza. Esta vocación la condujo a la Universidad Central del Ecuador, donde en 1971 obtuvo el título de Licenciada en Ciencias de la Educación, con especialización en Biología y Química, dando inicio a una vida profesional dedicada a educar y formar.

Durante más de dos décadas ejerció como profesora en el Colegio Nacional Otavalo, formando a generaciones de estudiantes no solo en contenidos académicos, sino también en valores, responsabilidad y respeto por la naturaleza como fuente de vida. Sin embargo, su vocación educativa pronto trascendió las aulas. Marcia comprendió que la transformación social también exigía acción directa, organización y participación en los espacios de decisión.

Con el paso de los años fortaleció su formación con un Diplomado Superior en Desarrollo y Género en FLACSO (2010). Paralelamente, participó activamente en seminarios, encuentros y capacitaciones nacionales e internacionales organizados por instituciones como la Embajada de Estados Unidos, CONAMU, UNFPA, USAID, Fundación Natura y Fundación Esquel, entre otras. Estas experiencias consolidaron una mirada crítica y propositiva sobre el desarrollo humano, la equidad de género y la protección del medio ambiente.

Su compromiso social la llevó a ocupar cargos de gran responsabilidad. Fue directora provincial del Ministerio de Bienestar Social (MIES) en Imbabura entre 2001 y 2002, y concejala del Municipio de Otavalo en dos periodos (1996–2000 y 2009–2014). Desde estos espacios impulsó procesos pioneros, entre ellos la institucionalización de la Ordenanza para la Equidad de Género, la creación de la Comisión de la Mujer y la Familia, y la incorporación del enfoque de género en el plan estratégico cantonal y en diversas ordenanzas relacionadas con mercados, agua potable, tránsito y ordenamiento territorial.

En 1997 fundó y dio impulso al CEAMOS —Centro de Educación y Acción de la Mujer Otavaleña—, concebido como un espacio de trabajo intercultural y participativo orientado al fortalecimiento de las mujeres. Asimismo, se desempeñó como secretaria nacional de la Unión de Mujeres Municipalistas del Ecuador entre 1998 y 2000, y coordinó diversos proyectos sociales con enfoque de género que dejaron huella en las políticas públicas locales.

Durante su gestión como directora provincial del MIES promovió la aprobación de 119 acuerdos ministeriales para la creación de organizaciones sociales. También fortaleció la presencia del CONADIS en Imbabura, gestionó la entrega de sillas de ruedas para personas con discapacidad y articuló acciones de impacto comunitario tanto en sectores rurales como urbanos.

Su voz y su acción también se hicieron presentes en la defensa del medio ambiente. Impulsó debates y acciones frente a problemáticas como la contaminación del río Tejar, del río Blanco y la gestión de desechos sólidos en Otavalo. Fue socia fundadora de la Fundación Ecológica Arrayán y participó en el Primer Congreso Ecuatoriano de Medio Ambiente, consolidando así una trayectoria comprometida con el cuidado del entorno natural.

Su trabajo ha sido reconocido dentro y fuera del país. En 2003 fue seleccionada entre las diez lideresas ecuatorianas por la Embajada de Estados Unidos para participar en un viaje de observación. En 2006 recibió la Medalla “Matilde Hidalgo de Procel” por su liderazgo en la provincia de Imbabura. En 2025 fue

reconocida por el colectivo Mujeres de Otavalo como Gestora Social y actualmente forma parte del Consejo Cantonal de Derechos de Otavalo (2025–2028), lo que reafirma la vigencia de su compromiso con la comunidad.

Junto a su trayectoria social y política, durante cuarenta años también desarrolló una importante labor en el ámbito empresarial local como gerente propietaria de la Papelería Sánchez y de la Corporación Sánchez (1981–2021), demostrando su capacidad para conjugar la iniciativa privada con una visión solidaria y comunitaria.

Hoy, la vida de Marcia Eloísa Sánchez Viñachi transcurre en su casa llena de plantas, un espacio que refleja serenidad y cuidado por la naturaleza. Su historia es testimonio de perseverancia, coherencia y acción transformadora. Su legado permanece en ordenanzas, centros de desarrollo infantil, aulas, organizaciones de mujeres y, sobre todo, en las personas que encontraron en ella una guía y una aliada. Sigue siendo un referente de lucha, compromiso y esperanza para Otavalo y para el país. Su historia inspira y enseña.

En marzo de 2025 fue reconocida como una de las 25 mujeres otavaleñas destacadas, en reconocimiento a su dedicación y al valioso aporte que, a través de su trabajo, ha brindado a la ciudad.



## EN IMBABURA LOS CIEGOS NO SE PUEDEN VER

### CUANDO EL DIÁLOGO PARECÍA IMPOSIBLE



**Marcia Sánchez**

En el año 2001, cuando el ministro de Bienestar Social, Luis Maldonado Ruiz — indígena quichua de Otavalo—, me propuso dirigir la oficina del Ministerio de Bienestar Social en Imbabura, acepté sin imaginar el panorama al que me enfrentaría. Venía de terminar mi gestión como concejala de Otavalo y pensaba que estaba preparada para todo. Me equivoqué.

El día de la posesión, en la ciudad de Ibarra, me encontré con una oficina prestada, escondida en la parte trasera del edificio de la UNE. Apenas un escritorio, dos computadoras obsoletas y ningún rastro de institucionalidad. El ministro me dijo: “Arriende un edificio”. Lo hicimos. Conseguimos un lugar que compartimos con el ORI, otra entidad del ministerio. Allí, junto a la ingeniera Blanca Tadeo, empezamos a construir, desde las ruinas, una dirección que funcionara.

Mi primer día oficial fue revelador. Pregunté a qué hora empezaba el trabajo del personal.

—A las ocho —me dijeron.

Estuve allí a las ocho. Nadie.

A las nueve llegó el conserje—chofer. El resto apareció a las diez.

Cuando pedí explicaciones, me dijeron que trabajaban “a su modo”. Renunciaron el jefe financiero, los abogados, varios directores. Solo quedamos la secretaria, el chofer sin vehículo y yo.

Lejos de rendirme, convoqué a nuevas personas. Llegaron con ideas frescas y compromiso: Anita Andrade, una abogada firme; Blanca Tadeo, directora del ORI; Germán Castañeda, director de comedores comunitarios; José Dávila, asistente legal; Miriam Andrade, ingeniera financiera precisa y organizada; Mery Jacho, jefa de desarrollo infantil; y Martha Lema, quien dirigió el área de discapacidad y adultos mayores. Con ellos, y con el respaldo del ministro —que accedió a proporcionarnos un experto en proyectos, el arquitecto Wilson Villegas—, conformamos un equipo decidido a cambiar la historia.

Iniciamos con una lista de necesidades básicas y viajamos a Quito. Al presentarla, el proveedor del ministerio fue tajante:

—Solo tengo impresoras.

Su respuesta nos dejó claro que no obtendríamos más por esa vía. Fuimos directamente al ministro a solicitar equipos y mobiliario, explicando que sin esos recursos la Dirección no podría funcionar. Esa gestión le costó el cargo al proveedor. Desde entonces, algunas personas dentro del ministerio nos alertaban de oportunidades: mobiliario, computadoras y otros equipos. Con ingenio, aprovechamos todo y equipamos la Dirección completamente.

Con estructura y recursos, los programas comenzaron a tomar forma. Logramos 119 acuerdos ministeriales para crear organizaciones sociales, muchas con enfoque de género. Reactivamos el control de los centros infantiles, difundimos la Ley 180 de discapacidad y articulamos acciones con el CONADIS. Fortalecimos los equipos, creamos vínculos con municipios y entregamos cincuenta sillas de ruedas. En Ilumán y Otavalo levantamos dos centros de desarrollo humano. Y en Atuntaqui, gracias a la visión del alcalde, impulsamos centros de capacitación textil.

Pero una de las escenas más intensas fue la disputa entre dos grupos de personas ciegas en la provincia. Uno, liderado por una voluntaria que pretendía manejarlo a su antojo; el otro, por Noemí Trejo, una mujer ciega con carácter y propósito. La división era profunda, llena de resentimientos e intereses cruzados.

Convocamos a una reunión. Sabíamos, sin embargo, que si todos asistían no habría diálogo real. Diseñamos una estrategia: solo los ciegos podrían quedarse, junto a nuestro equipo técnico. El resto, fuera.

Cuando se lo dijimos a la voluntaria, protestó. Se fue y sus hijos tras ella. Luego su grupo fue a Quito a quejarse. El ministro me llamó:

—¿Cómo es posible que no puedas unificar a los ciegos?

Le respondí, con ironía y resignación:

—Ministro, es que en Imbabura... los ciegos no se pueden ver.

La frase se convirtió en chiste en el ministerio, pero escondía una verdad más compleja sobre el ego, el poder y la ceguera que no es de los ojos, sino del alma. Aun así, logramos unificarlos. Porque cuando se escucha con respeto, hasta el silencio se organiza.

Aquellos meses me enseñaron algo que no aparece en los manuales de administración pública: la diferencia entre el poder adquirido y el poder otorgado. Cuando uno gana un cargo por elección, como concejal, debe legislar, fiscalizar, seguir las reglas. Pero cuando a uno le confían una dirección, nace un poder distinto: uno que no viene del voto, sino de la acción, del compromiso y de la posibilidad real de cambiar vidas.

Al final, no solo fortalecimos la institución con equipos y mobiliario. Fortalecimos también la dignidad de quienes la integraban.

## LA SEMILLA QUE SEMBRAMOS EN OTAVALO



**Marcia Sánchez**

En el año 1990, la lucha comenzó como una conversación entre compañeras, en Ibarra, soñando con que algún día se abriera una Comisaría de la Mujer en la capital de la provincia. Pero apenas nos escuchaban. Aun así, algo se movía. En 1994, la ley de cuotas nos dio una pequeña rendija: un 15 % de representación femenina en las listas políticas. Y, por obligación —no por voluntad—, los partidos empezaron a incluir mujeres.

Fue entonces, cuando el movimiento Pachakutik me ofreció el tercer puesto para concejala en Otavalo. Les dije sin dudar: “El primero o nada”. Sabía que era un riesgo, pero también que solo dando ese salto lograríamos visibilidad real. Junto a compañeros indígenas y mestizos hicimos una campaña intensa, emotiva, que conectó con la gente. Cuando se contaron los votos, yo no me quedé a esperar: me fui a dormir. A medianoche, una compañera me llamó: “Ganaste. Entraste como la segunda concejala más votada”.

Poco después, tres concejales electos llegaron a mi casa. Querían asegurar su mayoría para repartirse la vicealcaldía y las mejores comisiones. Uno había sido consejero provincial; otro, director de obras públicas. Me ofrecieron ser el cuarto voto. Los escuché y luego pregunté: “¿Alguno ha recibido capacitación en administración municipal o en equidad de género?”. Silencio. Les conté que en

Pachakutik habíamos sido capacitados durante ocho días en Baños. Les dejé claro: “Mi voto vale una vicealcaldía”. Me quedé sola.

Sabía que, sin apoyo, me relegarían. Cuando ofrecieron la Comisión de Desarrollo Rural, levanté la mano de inmediato. Se burlaron. “Eso es solo un nombre”, dijo uno. Pero CARE Internacional lo vio de otra forma. Equiparon mi oficina: computador, muebles, hasta una camioneta. Sin embargo, el alcalde ordenó que todo pasara al municipio. Me dejó sin nada.

A pesar de ello, las técnicas de CARE decidieron seguir trabajando. Fortalecimos la Comisión de Medio Ambiente. Y en 1997, cuando se discutía el presupuesto, propuse un proyecto para las mujeres. Me asignaron 20 millones de sucres con la condición de presentar el plan en ocho días. Junto con Beatriz Andrade lo redactamos y lo presentamos a tiempo. El secretario, sorprendido, dijo: “Sí saben hacer proyectos”. Con ese impulso nació la Unidad de Área Social del municipio.

La primera acción fue elaborar la Ordenanza contra la violencia hacia la mujer y la familia. Convocamos a lideresas de Otavalo y luego lanzamos el primer proyecto. Nuestra oficina estaba en el piso alto del municipio. Abajo funcionaba el comisariato, ideado por la esposa del alcalde. Pero la gente acudía arriba, a nosotras.

Recuerdo una visita a la Comisaría Nacional. Pregunté si en Otavalo había violencia hacia la mujer. La secretaria respondió: “Las indígenas denuncian; las mestizas se quedan calladas”. Esa frase confirmó lo que intuíamos. Con los fondos contratamos a la primera abogada, la doctora Sofía Figueroa. Se sumaron una secretaria, una promotora y psicólogos voluntarios. No éramos una oficina de sanción, sino de orientación.

Una madre llegó un día queriendo ayudar. “¿Con dinero?”, preguntó. Le respondí: “No. Con su voz”. Otra vez vino una pareja; él quería separarse. Ella, valiente, pidió el divorcio en ese mismo instante. Él salió “a dar una vuelta al parque” y nunca volvió.

El proyecto llamó la atención nacional. Fui invitada por el CONAMU y el Ministerio de Gobierno. Me ofrecieron 17 millones de apoyo. Pero, al escuchar lo que buscábamos, el ministro dijo: “Le vamos a dar la Comisaría de la Mujer y la Familia”. Otavalo se convirtió en el primer cantón en recibir una comisaría que, hasta entonces, solo se otorgaba a capitales de provincia.

Teníamos equipo y teníamos objetivos. Pero, dos años después, el alcalde eliminó la comisión. Le dije: “Este proyecto no es mío, es de las mujeres de Otavalo”. A



la doctora Sofía Figueroa le ofrecieron un cargo en el municipio. Ella respondió con firmeza:

—Me voy con las mujeres, con las mujeres de Otavalo.

La Cámara de Comercio nos cedió un local donde inauguramos la comisaría.

Gracias a ese trabajo calificamos para un proyecto del BID. No éramos expertas en formulación, pero la directora bajó personalmente a ayudarnos. Obtuvimos 50 mil dólares. Con ese fondo fortalecimos la comisaría.

Sabíamos que necesitábamos un respaldo social. Así nació el CEAMOS, Centro de Educación y Acción de la Mujer Otavaleña. Participaron lideresas como Sofía Figueroa, Hipatia Dávila, Anita Andrade, Beatriz Andrade, Blanca Chancoso, Luisa Villaba, Sarita Sevilla, entre otras. Intentamos también formar el Movimiento de Mujeres de Otavalo, pero fue debilitado por intereses políticos.

Al terminar mi gestión, actualizamos la ordenanza de equidad y conseguimos un local junto al hospital. Allí funcionó la Comisaría de la Mujer y la Familia y también las oficinas del CEAMOS, consolidando un espacio fundamental para la atención integral y la defensa de los derechos de las mujeres y sus familias en Otavalo. Cuando el alcalde volvió, quiso revertir esa cesión, pero todo estaba en regla y el local permaneció como un símbolo de la lucha y del compromiso comunitario.

Hoy el CEAMOS sigue trabajando. La violencia no se ha erradicado, pero sí se visibiliza. Lo que hicimos fue sembrar conciencia. Ahora se habla de violencia de género en todos sus matices: física, psicológica, sexual, patrimonial y política. Esa fue la llama que encendimos en Otavalo. Y aún sigue ardiendo.



## MÁS ALLÁ DEL PAPEL

### LA LUCHA Y EL LEGADO DE LA PAPELERÍA SÁNCHEZ



#### Marcia Sánchez

La papelería Sánchez nació hace cuarenta años, en 1981, en un tiempo en que la educación comenzaba a tomar un papel fundamental en nuestra sociedad. Ya no era un privilegio exclusivo de una élite; las leyes se encargaron de abrir las puertas para que todos, tanto en la ciudad como en el campo, tuvieran acceso a la educación básica. Este cambio trajo consigo una necesidad creciente: la demanda de útiles escolares se disparó, y fue entonces cuando decidimos crear la papelería Sánchez.

Aquel fue un momento especial, una coincidencia que parecía destinada. La papelería Dagusman, una empresa emblemática en Otavalo que elaboraba cuadernos y que además empleaba a muchos en la ciudad, había desaparecido. Mi padre, José Antonio Sánchez, fue durante años un pilar en Dagusman, no solo como empleado, sino como mecánico, capaz de construir y mantener las máquinas. El apoyo y la dedicación de mi madre, Judith Viñachi, también fueron fundamentales para tomar la decisión de abrir una papelería.

Yo era maestra en el Colegio Otavalo y, aunque amaba mi trabajo, pronto me di cuenta de que el sueldo no alcanzaba. A medio mes ya se me terminaba el salario y, con la llegada de mi hija María Judith Sánchez, sentí la urgencia de tener un ingreso propio, una base sólida para ofrecerle una educación digna. Sabía que el camino de la primaria y el básico lo podía recorrer en Otavalo, pero para la universidad buscaba algo mejor, una institución con prestigio nacional. Así fue como mi hija estudió en la Universidad Católica de Quito.

Con ese propósito claro, abrimos la papelería en un local pequeño en la calle Sucre, justo frente a lo que hoy es El Tía. A pesar de su tamaño, la acogida fue inmediata. Desde el primer año, la demanda superó nuestras expectativas. Esto no ocurrió solo por la necesidad, sino también por el compromiso que pusimos en el servicio. En una ciudad donde conviven indígenas y mestizos, creímos que todos merecían la misma atención. Cada cliente era recibido con cordialidad y respeto. Para lograrlo, capacitamos a nuestro personal de manera rigurosa, enseñándoles no solo a vender, sino también a escuchar y atender con empatía.

Un cambio crucial que introdujimos fue la contratación de personas indígenas, quienes ocuparon diversos puestos en la papelería. No solo contratamos por afinidad cultural, sino basándonos en la capacidad y la educación de cada trabajador. Este fue un paso importante, porque cuando un cliente indígena llegaba podía ser atendido en su propio idioma, el kichwa, lo que generaba una confianza y una cercanía invaluable. Esa fue una de las razones por las que muchos acudían a nosotros.

Otra característica que nos distinguió fue la honestidad en los precios. Nunca buscamos enriquecernos de manera exagerada; mantuvimos márgenes justos que permitían a la gente acceder a lo que necesitaba sin sentir que era un lujo. El boca a boca fue nuestro mejor anuncio: las familias recomendaban la papelería Sánchez a sus vecinos, amigos y conocidos. Muchos clientes han recordado años después que compraban allí los útiles para sus hijos y, más tarde, fueron esos mismos hijos quienes continuaron la tradición.

En lo personal, la papelería me dio independencia económica. Me permitió no solo sostener a mi familia, sino también involucrarme en actividades políticas y sociales, con la tranquilidad de contar con un respaldo económico. Para mí, la transparencia siempre fue un valor fundamental, y eso lo reflejamos en cada rincón de nuestro negocio.

Con el tiempo, la papelería se convirtió en la Corporación Sánchez. Mi hija María Judith Sánchez, mi hermana Liliana Sánchez y mi sobrina Verónica Pinto se unieron como accionistas, convirtiéndose en pilares fundamentales de la empresa. Fue entonces cuando empezamos a profesionalizar aún más el trabajo. Las contrataciones ya no se realizaban solo por recomendaciones o simpatías; establecimos un proceso estructurado. Solicitábamos hojas de vida, realizábamos entrevistas escritas y presenciales, y aplicábamos pruebas prácticas para evaluar la rapidez y la destreza en tareas como doblar papel, empacar o contar productos.

Organizar la papelería requería disciplina. Hacíamos pedidos basados en las ventas anteriores para no acumular stock innecesario. Cada entrega era revisada cuidadosamente, verificando cantidad y calidad. Los productos se codificaban y se ubicaban estratégicamente: los artículos de menor movimiento al frente para llamar la atención y los más populares al fondo, garantizando que el cliente descubriera novedades sin perder acceso a lo que ya conocía.

Para seleccionar al personal, además de evaluar sus habilidades, tomábamos en cuenta factores prácticos, como la disponibilidad de tiempo y algunos aspectos culturales. Sin embargo, nunca discriminamos por apariencia, raza o condición física; lo importante siempre fue la capacidad y el compromiso para asegurar que el equipo respondiera a las exigencias, especialmente durante la temporada escolar, cuando el flujo de clientes era mayor.

Pero el tiempo trae cambios inevitables. La movilidad urbana se transformó y la gente dejó de pasar por la calle Juan Montalvo, prefiriendo rutas que evitaban nuestra ubicación. Este desplazamiento afectó considerablemente nuestro negocio. Además, la compra de útiles escolares comenzó a direccionarse hacia papelerías específicas mediante acuerdos poco transparentes con instituciones educativas. Padres de familia se vieron obligados a comprar en lugares designados y nuestra empresa, que siempre luchó por la transparencia, se encontró en desventaja.

Junto con otros colegas de papelerías que compartían nuestro compromiso, como Pablo Valladares, de Morlín, y mi hermana Anita Sánchez, en Monserrath, realizamos investigaciones para denunciar estas prácticas. Sin embargo, enfrentamos un sistema complicado, donde la corrupción estaba enquistada y resultaba casi imposible competir limpiamente.

Finalmente, la pandemia de 2020 fue un golpe definitivo. Cerramos las puertas durante un año para proteger a la comunidad y a nuestro equipo. Ese cierre temporal terminó volviéndose permanente. Decidimos liquidar la empresa, un proceso que, aunque doloroso, era necesario para cerrar un capítulo que duró cuatro décadas.

La papelería Sánchez fue mucho más que un negocio. Fue un proyecto de vida, un símbolo de inclusión, trabajo duro y honestidad. Nos dio independencia, nos permitió crecer y servir a Otavalo con respeto y dignidad. Hoy, cuando veo a nuevas generaciones y escucho que aún recuerdan dónde compraban sus útiles, sé que el legado permanece, no solo en papeles o libros, sino en la memoria colectiva de esta ciudad.

## LA CONTAMINACIÓN ME LLEVÓ A LA POLÍTICA



**Marcia Sánchez**

En 1971 comencé mi carrera como profesora de biología y química en el Colegio Nacional Otavalo. Aún recuerdo el olor a tiza, el zumbido de las voces jóvenes, el crujir de las hojas de cuaderno. Enseñaba ciencias naturales y, aunque al principio aquello parecía solo otra materia en el pensum, poco a poco se fue convirtiendo en algo mucho más grande: una ventana hacia la conciencia ambiental que terminaría por transformar mi vida.

Durante más de una década impartí clases sin mayores sobresaltos, hasta que, hacia el año doce, algo cambió. El mundo entero comenzaba a hablar de los problemas ambientales y el Ministerio de Educación incluyó oficialmente la asignatura de Ecología en el cuarto curso. Ese giro académico fue para mí una especie de revelación. Ya no podía limitarme a enseñar fórmulas químicas o estructuras celulares. Hablar del medio ambiente implicaba asumir una postura, mirar al mundo con otros ojos y actuar.

Fue entonces cuando comencé a observar mi entorno con más atención. Lo que antes parecía paisaje cotidiano ahora se mostraba como evidencia de un daño silencioso. Pensaba en las grandes ciudades, como México o las urbes de la India, donde la contaminación del aire y del agua dejaba secuelas visibles. ¿Cómo creer que nosotros, en Otavalo, estábamos al margen de ese deterioro?



Junto a mis alumnos comenzamos proyectos de reforestación en la Loma de San Vicente. Subíamos entre risas, palas y preguntas. Muchos se preguntaban por qué plantar eucaliptos, una especie que no era originaria de la zona. Tenían razón, pero eran las únicas disponibles. Aun así, el ejercicio los sensibilizaba: comenzaban a entender que proteger la naturaleza era más que una tarea; era una responsabilidad.

Luego vinieron las tesis. Ya no bastaba con copiar de los libros. Había que salir al campo, investigar en los sitios reales, caminar los ríos, oler la basura, palpar la tierra. Estudiamos la contaminación del Tejar, del río Blanco, del Hatun Yacu. Analizamos los desechos sólidos y la flora nativa. Aquello era más que un ejercicio académico: era una inmersión en la realidad.

Una tesis, sin embargo, marcaría un antes y un después: la investigación sobre la contaminación del río Blanco. Un grupo de estudiantes, con una convicción que me emocionó profundamente, identificó que la fábrica de cemento Selva Alegre estaba vertiendo sus desechos líquidos al río. Ya no se trataba de teorías: observaron que plantas como el berro desaparecían aguas abajo. También los escribanos, unos animales pequeños y brillantes, dejaron de verse. Pero no se detuvieron ahí.

Por iniciativa propia viajaron a Quito, a la Escuela Politécnica Nacional. Allí, con la guía de un profesor, realizaron análisis de laboratorio que comparaban el agua antes y después del vertido. Los resultados fueron alarmantes: los niveles de contaminación superaban por mucho los límites permitidos en el Ecuador.

El informe fue tan contundente que no solo lo presentamos en el colegio. También fue leído en una asamblea convocada por la Federación Indígena y Campesina de Imbabura. Recuerdo ese día como si fuera hoy. El aire estaba tenso. Cuando terminé de leer, hubo un silencio que caló hondo. Pero luego vinieron las acciones: marchas, reuniones con la fábrica, exigencias ciudadanas. Y, lo más importante, la fábrica aceptó construir tres piscinas de sedimentación para reducir la contaminación. El río respiró. Y yo también.

Aquello fue una victoria que me desbordó como maestra. Pero también me hizo ver que las decisiones importantes no se tomaban solo desde el aula. Fue entonces cuando entendí que la lucha ambiental debía cruzar la línea hacia la política.

Para entonces ya habíamos creado la Fundación Arrayán, un grupo ecologista formado por profesionales de Otavalo. Entre ellos estaban Germánico Guevara, Alfonso Rodríguez, Michita Nicolalde, Yolanda Ubidia, Miguel Aragón, Victoria Gómez y otros comprometidos con la causa. Un día, entre risas y convicción,

alguien dijo: “¿Quién es la más conocida entre nosotros?”. Y todos me señalaron. “Tú tienes que ser candidata a concejala”.

Mi relación con el movimiento indígena y con Pachakutik venía de años atrás. Aquello no fue una ambición personal. Me eligieron, me empujaron, me confiaron esa responsabilidad. Y acepté.

En clase solía advertirles a mis estudiantes que el cambio climático, la destrucción de los páramos y la contaminación del aire, del agua y del suelo les afectarían a ellos. “Cuando esto estalle, yo ya no estaré”, decía con la tranquilidad ingenua de quien se cree a salvo por la edad. Pero me equivoqué. Aquí estoy, viendo cómo las sequías se alargan, los ríos y lagos se contaminan y se secan, y los vientos se vuelven más violentos. Y sí, yo también sufro las consecuencias.

Pero no me arrepiento. Porque sé que una semilla sembrada en la conciencia de un alumno puede crecer hasta cambiar un pueblo, limpiar un río o hacer de una maestra una política.



## MARÍA ELENA ECHEVERRÍA

### GUARDIANA DEL SABOR Y LA TRADICIÓN EN OTAVALO



Nacida el 14 de febrero de 1932 en Cotacachi, Imbabura, María Irene Echeverría, conocida con afecto como Mama María, es una mujer cuya historia se entrelaza con el trabajo silencioso, el amor por la familia y la defensa de la tradición gastronómica del pueblo otavaleño. A lo largo de sus más de nueve décadas, ha sido testigo del cambio de los tiempos, pero nunca ha permitido que el sabor de sus raíces se pierda.

En su juventud, desempeñó un oficio común para muchas mujeres de su época: fue empleada doméstica mientras se ocupaba de la crianza de sus hijos. Entre ellos destaca su hija, María Elena Echeverría, quien se convertiría no solo en su compañía inseparable, sino también en su colega en el arte de cocinar. Juntas han logrado el equilibrio perfecto de sabor y textura en tres preparaciones que son patrimonio vivo de la región: los tamales, las humitas y los quimbolitos.

Este conocimiento fue fruto de la tenacidad. Fue María Elena quien empezó a observar, preguntar y probar sin rendirse hasta encontrar la fórmula exacta. Según ella misma expresa, Dios le dio la sabiduría para crear y mantener viva esta costumbre, siempre con Mama María a su lado apoyándola y aportando su experiencia y paciencia de mujer sabia.

Más que una receta, lo que ofrecen es una experiencia que alimenta el alma. Preparan sus productos mayoritariamente en la época navideña, cuando las calles de Otavalo se llenan de reencuentros. Muchos de quienes emigraron a otras provincias o a países como Estados Unidos y España, regresan cada diciembre buscando ese sabor que solo ellas logran conservar. Compran esos manjares no solo para compartir en familia, sino para llevarse un pedacito de su tierra de vuelta al extranjero.

El ingrediente secreto de su cocina no está en las hojas ni en la masa; está en el amor con que preparan cada pieza y en el profundo respeto por la herencia cultural. Para ellas, el verdadero valor reside en la continuidad de esta tradición, un camino que ha estado marcado por traslados y adaptaciones constantes.

Comenzaron vendiendo en una casa arrendada junto al antiguo teatro Apolo, gracias a la apertura de la señora Elsa Navarro, quien les permitió usar el corredor como punto de venta. Más adelante se trasladaron a la calle Bolívar, a pocos pasos de la Iglesia de San Francisco, frente al antiguo almacén de repuestos de Don Pérez.

Con el tiempo y la fe como aliada, María Elena logró adquirir un terreno para construir su casa. Sin embargo, al no contar con un local propio, ofrecieron sus productos durante años en un asadero de pollos —ya inexistente— cerca del antiguo Banco de Fomento. Tras el cierre de este lugar, la pandemia trajo un nuevo giro: la señora Marujita Vela les ofreció un espacio en su restaurante para que pudieran continuar sin costo alguno. Finalmente, se han asentado en el corredor de la casa de Don Pedro Echeverría, lugar donde funcionó la famosa cantina "Bambi", grabada en la memoria de los otavaleños.

En sus inicios, Mama María vendía todos los viernes y sábados por ser su principal sustento. Hoy, en un esfuerzo por compartir su sazón con las nuevas generaciones, María Elena sale todos los días al corredor actual. Su objetivo es claro: evitar que esta herencia se olvide y hacer que más personas la aprecien. El sueño compartido por toda la familia es contar, algún día, con un local propio donde esta tradición florezca y quede definitivamente a salvo.

## LOS TAMALES CON SABOR A JABÓN MACHO



**María Elena Echeverría**

En los años en que la receta aún se perfeccionaba, la elaboración de los tamales era todo un ritual. Por aquel entonces, Mama María y su hija, María Elena, moldeaban la masa a mano, formando con los dedos una especie de ollita que luego colocaban sobre una tulpa —su soporte habitual— para añadir el relleno de pollo y envolverlo en hojas de achira.

Un día, en plena faena, la tulpa se rompió. Sin pensarlo mucho, decidieron usar la mesa de madera del comedor como superficie de trabajo. Para asegurar la higiene, María Elena tomó un mantel y, con empeño, lo restregó varias veces con el famoso jabón macho, enjuagando el trapo cuidadosamente tras cada pasada hasta dejar la madera impecable.

Con la superficie lista, comenzaron la preparación con el cariño de siempre. Armaron los tamales, los cocinaron y, antes de salir a venderlos, se sentaron a probar el resultado. Sin embargo, algo estaba muy mal: los tamales sabían... ¡a jabón macho!

Entre risas y resignación, comprendieron que la madera había absorbido el fuerte olor del jabón y lo había trasladado a la masa. Aquel lote fue directo a la anécdota

familiar y no al mercado. Hoy, al recordarlo, todas sueltan una carcajada; fue una pérdida en ventas, sí, pero una ganancia eterna en recuerdos.

## LA FE FRENTE A LA ADVERSIDAD



**María Elena Echeverría**

Diciembre de pandemia fue un mes difícil para muchas familias, pero lo fue aún más para la de Mama María. Aquel año, la tradición parecía tambalearse por completo: María Elena acababa de ser sometida a una operación de retina; Mama María se recuperaba de una caída que le fracturó la cadera y el fémur y, por si fuera poco, Ana Paula —su bisnieta— también tenía un pie fracturado.

Con las tres principales manos tamaleras fuera de combate, la incertidumbre era total. ¿Cómo saldrían adelante en el mes más importante para sus ventas?

La respuesta nació del corazón de la familia. María José, nieta de Mama María, decidió asumir la jornada sola. No se trataba solo de vender; había que cocinar, amasar, envolver y hervir y lo hicieron. A pesar de estar «incompletas», como ellas mismas bromeaban entre sonrisas doloridas, sacaron adelante aquel diciembre pandémico entre ollas, bastones, vendas y mucha fe.



## LA ESCUELA DE MAMA MARÍA



**María Elena Echeverría**

A lo largo de los años, la cocina de Mama María ha sido una verdadera escuela de sabor y carácter. Nietos y bisnietos han crecido entre el aroma de las hojas de achira, las masas, los condumios y el vapor de las ollas. Aunque todos han intentado aprender y han participado en el proceso, no todos han sobrevivido a la exigencia de la receta; como dice la familia en tono de broma: “solo los más fuertes resisten”.

De los tres nietos, María José fue quien más se dedicó al oficio, aprendiendo con esmero y amor. Los bisnietos, por su parte, participaban con intenciones muy distintas: su misión era comerse el relleno de pollo antes de tiempo o meter los dedos en la mezcla para probar, con disimulo, esa masa dulce tan exquisita que preparaban sus abuelitas. Así, las pechugas desaparecían misteriosamente y la cantidad de masa parecía reducirse sin explicación alguna durante la faena.

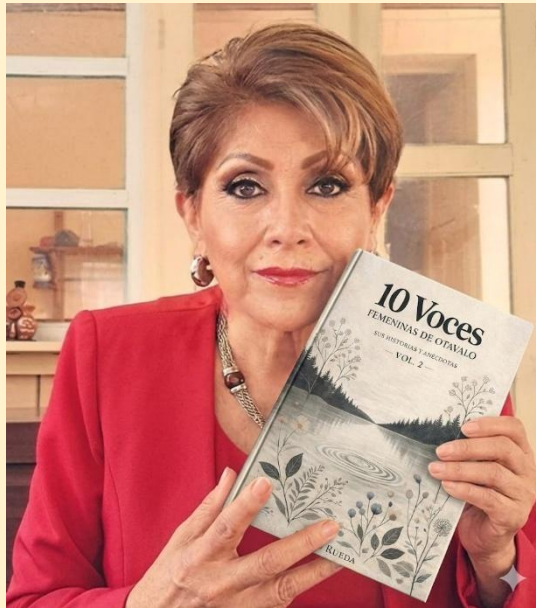
Entre todos, Ana Paula es quien “medio aporta todavía”, como ella misma reconoce. Sin embargo, todos guardan estos momentos como parte de una herencia viva; una tradición donde se aprende cocinando, pero sobre todo, saboreando la vida antes de tiempo.



## LA AUTORA

Dorys Margarita Rueda

Otavalo, 1961



Es investigadora, docente y escritora ecuatoriana. Su formación en Letras y Castellano, sumada a sus maestrías en Literatura Ecuatoriana e Hispanoamericana y en Literatura Infantil y Juvenil, ha dado forma a una trayectoria en la que la palabra funciona como puente entre la pedagogía, la memoria cultural y la creación literaria. Posee, además, una especialidad en Currículum y Prácticas Escolares en Contexto y un diplomado en diseño curricular, lo que ha fortalecido su visión humanista del aprendizaje y su compromiso con la educación en el país.

En 2013, junto a su esposo, fundó *El Mundo de la Reflexión*, un sitio web dedicado a fomentar la lectura y la escritura, difundir la tradición oral del Ecuador y recoger reflexiones de estudiantes y docentes. Este espacio se ha convertido en una comunidad viva donde convergen la literatura, la educación y la memoria colectiva.

Una parte importante de su obra está dedicada a la recopilación y recreación de leyendas de la tradición oral. En este ámbito destacan *Leyendas, historias y casos de mi tierra Otavalo* (2021), *Leyendas, anécdotas y reflexiones de mi tierra Otavalo* (2021), *11 leyendas de nuestra tierra Otavalo Español–Inglés* (2022), *Leyendas, historias y casos de mi tierra Ecuador* (2023) y *Cuentos: entre leyendas y sonrisas*, obra en la que presenta leyendas otavaleñas modernizadas y traídas al siglo XXI.

En el ámbito de las historias locales y la memoria cultural publicó *12 Voces Femeninas de Otavalo* (2024), libro que recoge testimonios y miradas femeninas que forman parte del mosaico social y cultural de la ciudad.

Su interés por la lectura y la escritura como experiencia estética y reflexiva también se expresa en el comentario literario y el ensayo breve. En este campo publicó *Entre Versos y Líneas* (2025), dedicado al comentario poético, así como *Reflexiones, volumen 1* (2025) y *Reflexiones, volumen 2* (2026), obras que reúnen textos breves sobre la experiencia humana, la vida cotidiana y la sociedad, así como sobre el acto de escribir y de leer como formas de comprender el mundo.

En narrativa breve es autora de *Cuentos de sueños y sombra* (2025), obra que explora el vínculo entre imaginación, memoria y lenguaje, y de *Cuentos en voz baja* (2026), un libro de relatos que se acercan a lo cotidiano, al silencio y a las inquietudes del mundo actual.

Asimismo, ha incursionado en la literatura infantil con *Leyendas del Ecuador para niños* (2025). En el ámbito del periodismo narrativo publicó *Entrevistas* (2025), un libro de perfiles donde una mirada humana y atenta revela la singularidad de quienes conforman el mosaico cultural del país.

Desde 2020 ha reunido a escritores de distintas generaciones en proyectos colaborativos que celebran la identidad y la narración ecuatoriana, dando origen a obras como *Anécdotas, sobrenombres y biografías de nuestra tierra Otavalo* (tres tomos), *Leyendas y Versos de Otavalo* (2024), *Rincones de Otavalo, leyendas y poemas* (2024), *Historias para recordar* (2025) y *Vri: 31 sentidos y un mito* (2026).

Su labor ha sido reconocida por diversas instituciones. En 2021, el Municipio de Otavalo le rindió un homenaje por su aporte al desarrollo cultural de la ciudad; en 2024 fue nombrada una de las veinticinco mujeres otavaleñas más destacadas por su trayectoria y recibió una placa conmemorativa de la Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”, Núcleo de Imbabura. Asimismo, ha sido merecedora de dos medallas al Mérito Cultural otorgadas por la Cámara de Comercio de Otavalo en 2024 y 2025. En reconocimiento a su incansable dedicación a la difusión de la cultura ecuatoriana y a la preservación de las leyendas que conforman el patrimonio ancestral del país, el Comité Internacional de Fashion Art & People le otorgó el *Starlight Award 2025 – Premio Especial*, distinción que destaca su compromiso sostenido con la memoria cultural y la transmisión de saberes.

Para Dorys, la escritura es una forma de comunidad y de memoria: un modo de preservar lo que se cuenta al calor de la voz y de iluminar aquello que los días no

alcanzan a explicar. Su obra busca que los lectores —jóvenes, maestros o curiosos— encuentren en las palabras un territorio donde habitan la verdad, la imaginación y la belleza.

ISBN: 978-9907-0-1039-8

